BIBLIOTECA GENERAL

DE EDUCACION.

PRIMERA SERIE.

TOMO V.



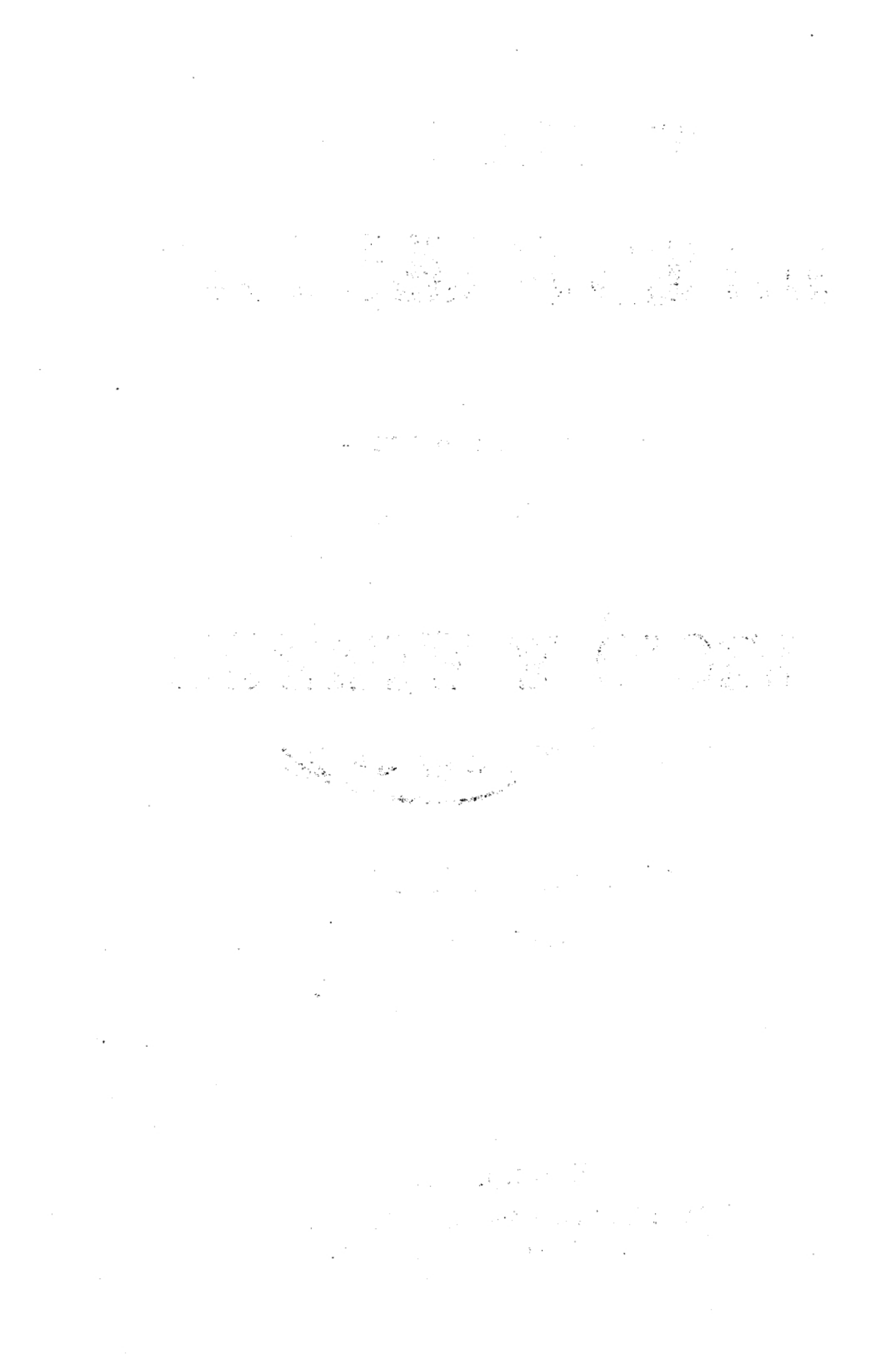
VICIO Y VIRTUD

O LOS CONTRASTES.

POR DON F. FERNANDEZ VILLABRILLE.



MADRID, 1847:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa núm. 8.



VICIO Y VIRTUD.

INTRODUCCION.)

Paulina tenia seis años y á un hermoso semblante reunia todas las gracias de la primera edad; amable carácter, humor jovial y agudeza en el decir; pero sus inclinaciones eran frívolas: amaba la ociosidad, el lujo y los placeres, y Dios sabe lo que hubiera sido de ella, sin un sueño que hizo que se cumpliesen en ella los deseos de una madre tierna é ilustrada.

Tenia Paulina un jardinito con bellas flores que cultivaba por sí misma. Se terminaba en una bóveda de jazmines, rosales y otros arbustos odoríferos, y bajo este perfumado abrigo se hallaba un banco de musgo y de cesped en el que Paulina solia descansar de sus trabajos de jardineria y de la caza de mariposas.

Una mañana en que se habia levantado con la

aurora para regar sus platabandas, enderezar los tallos flexibles, que el viento de la noche hubiese dejado caer, y destruir los insectos perjudiciales, satisfecha del fruto de sus tareas, contemplaba su jardinito con indecible alegría. Despues quitándose su sombrero de paja que colgó de una rama de lilas, se recostó en su banco de verdor, descansando su linda cabeza entre las primaveras y violetas de que el musgo estaba sembrado.

Entonces, sola y en medio del silencio de la naturaleza, se puso Paulina á reflexionar, cosa que á los seis años y cuando se tiene una madre querida y que nos ama, es gozar á la vez de la pureza del alma y de las dulces prerogativas de la primera edad: es gozar completa felicidad. Así los primeros sueños de la niña no fueron mas que acciones de gracias de un corazon lleno de gratitud.

Pero la vivacidad de su espíritu hizo que bien pronto sucediese á esta inocente contemplacion, el brillante cuadro de los bailes magníficos, de los espectáculos, de las fiestas, de los suntuosos trages y de los magníficos juguetes de que gozaban otras niñas de su edad y de que su madre la privaba por una sábia economía, diciendo:

—Todas estas cosas, hija mia, ocasionan gastos que arruinarian el caudal de tu padre, el tuyo y el de tus hermanos y que no nos permitirian vivir con la comodidad é independencia con que vivimos.

A pesar de que la buena mamá no se apartaba de este sistema, conducia sin embargo á su hija á casa de otras amigas tan prudentes como ella, y allí no faltaba distraccion á Paulina; pero iba única—

mente vestida con la elegante sencillez, que convenia á su candorosa beldad y á sus tiernos años, mejor que los lujosos vestidos y ricas joyas que tanto deseaba.

—¿Pero cómo se gobernarán las otras mamás? decia Paulina entre sí, porque la mia es tan rica como ellas y sus hijas tienen adornos y juguetes que yo no tengo?

Fatigada la imaginacion de Paulina con tan tristes comparaciones, se fué quedando dormida, y cuando todos sus sentidos quedaron en completo reposo, un dulce sueño vino á interrumpir esta calma con sus gratas ilusiones.

La niña vió que se acercaban hácia ella dos personages desconocidos. El primero deslumbraba con el lujo de sus vestidos y con su refinada elegancia. Traia en una mano un suntuoso trage de niña, cual nunca se habia ofrecido otro á los ojos de Paulina, y con la otra mano hacia ademan de distribuir brillantes, billetes y esquelas de convite, juguetes esquisitos y objetos de fantasía.

—Yo soy, dijo con graciosa sonrisa, yo soy el buen genio que ha velado sobre tí desde tu nacimiento. Yo soy el que he desarrollado tus gracias y tu hermosura, para hacerte digna de ser hoy mi compañera. Vengo ya á buscarte para que seas tan feliz como yo lo soy. Mira lo que te traigo: con estos billetes podrás entrar libremente en todos los bailes y en todas las funciones, y este vestido tendrá el mérito de variarse todos los dias para estar siempre á la moda. Conmigo pasarán tus dias en un completo círculo de diversiones que se renuevan

sin cesar, y como alegre mariposa, volarás de flor en flor, porque la vida es un jardin para el que sabe ligeramente recorrerla. Nada de contrariedades, ni de castigos, ni de fastidiosos cálculos, ni de ir al colegio, ni de tareas que es preciso acabar, en mi feliz imperio: todo en él es placer, movimiento y alegría. Ven, hermosa Paulina, deja que te pruebe este trage que te sentará á las mil maravillas..... ¡Vamos, pronto: pronto conmigo!

Paulina sintió vivos impulsos de ceder á las seductoras insinuaciones de una persona tan amable, y sin embargo, habia en ella un no se qué, una cosa que ella no sabia definir, pero que la retenia. Creyó prudente preguntarle primero el nombre.

—¡Mi nombre! contestó riendo, yo me llamo la *Diversion* y todas las niñas y niños de tu edad me conocen y me aman.

Al oir este nombre Paulina titubeó; pero antes de decidirse, dirigió una mirada á la otra persona que se acercaba hácia ella. Era una matrona con tan sencillo trage como fastuoso era el de su rival. Una túnica de estremada blancura y hermosas trenzas de pelo con algunas florecillas, he aquí todo su adorno. Llevaba colgado del brazo un lindo canastillo, en el que se distinguian libros, cuadernos, plumas, lapiceros, un album, un manojo de llaves, un librito de cargo y data, labores de niñas etc.

Su aspecto era sereno y agradable, su voz magestuosa y hé aquí lo que dijo á Paulina.

—Yo he sido siempre el guia, la amiga y compañera de tu madre. Hoy vengo á ofrecerte la misma proteccion y los mismos consejos de que ella ha

sabido aprovecharse para tu felicidad. Yo no tengo para alucinarte esos brillantes atractivos de mi rival, por que en lugar de consagrar tu vida al placer, si quieres contarte en el número de mis dichosas discípulas, tendrás que levantarte muy temprano y emplear todo el dia en diversas ocupaciones, unas sérias y otras penosas; pero que todas tendrán la ventaja de egercitar el cuerpo y el espíritu. Será preciso que estés vestida con sencillez, que vayas al colegio, y sobre todo, Paulina, que consagres una parte del dia á orar y á dar gracias á Dios, creador del universo, para que se digne enviar su bendicion sobre tí y sobre los tuyos.

Yo te prometo entonces, niña mia, el contento de tí misma, el amor de tus padres, y la estimacion de cuantos te conozcan. Si estas ofertas te parecen menos seductoras que las de mi rival, son por lo menos mas sinceras. Ella promete mas de lo que puede cumplir. No está en el poder de la disipacion, ni del vicio, ni de la locura, el ofrecer diversion continua, pues los placeres pasan pronto, y el disgusto y languidez les suceden. Ya he dicho lo bastante: escoge á ahora cual de las dos quieres seguir.... Si quieres saber mi nombre, yo me llamo la VIRTUD.

Paulina habia escuchado con mas atencion que placer, pues la presencia de aquella matrona le imponia, y no pudo menos de volver la cara hácia la Diversion, que le ofrecia sus dones con tan gracioso ademan, que se sintió por un instante incapaz de resistir, hasta que oyó la voz de la Virtud que le decia:

—La diversion se presenta á tu vista con facciones postizas. Yo soy realmente tal y conforme me vés, y cada dia me has de conocer y amar mas, porque las diversiones inocentes no son incompatibles con el cumplimiento de los deberes que impongo.

En aquel instante y por una feliz casualidad, cayó al suelo la mascarilla que cubria el rostro de la Diversion, y en lugar de las risueñas y agradables facciones de la juventud, se presentó á vista de la asombrada Paulina un rostro pálido y marchito, y todo el aspecto de la tristeza y la desesperacion. Paulina volvió la cabeza con ademan de vergüenza é indignacion, y se arrojó en brazos de la agradable matrona cuyo imperio reconocia por fin. Este movimiento la despertó, y la feliz Paulina se halló ... en los brazos de su madre.

VALOR Y COBARDIA.

Habia en la selva de Ardennes un pobre carbonero, padre de cuatro hijos, dos varones que eran Miguel y Sebastian, y dos niñas que eran Cristina y Mariana. El carbonero, su esposa é hijos subsistirian á duras penas, con el producto de su trabajo, si el marqués de Anglard, cuyo castillo estaba fundado al estremo de la selva, no los socorriese de vez en cuando. Aunque aldeanos y pobres, los carboneros tenian buenos sentimientos, y agradecidos como estaban al marqués, que era para ellos

una segunda providencia, sentian sin embargo serle gravosos y no desperdiciaban ocasion de manifestar deseaban satisfacer la deuda de su gratitud. En los primeros dias de la primavera, toda la familia se ponia en movimiento para buscar violetas, y hacer con ellas un ramilletito que todas las mañanas llevaba Mariana á la señora de Anglard. Llegaba el Estio, y entonces eran fresas las que se cogian, y los niños se hubieran guardado muy bien de tocar á una sola, con tal que los padres hubiesen dicho que eran para el castillo, pues solo estas palabras las hacian sagradas.

El marqués de Anglard tenia un hijo y una hija, que eran así como sus padres, el objeto de la veneracion de los carboneros. El tio Andrés, ayudado de su hijo Miguel, labraba con su navaja, trozos de madera, en figura de vacas, ciervos y caballos, que llevaba á Francisco y Carolina, los hijos de su señor. Era este un gran recurso en aquel pais lejano, en que los juguetes no llegaban de París, á medida que los niños los perdian ó los hacian pedazos. Sebastian, tampoco se estaba con los brazos cruzados, pues cogia nidos ó domesticaba ardillas, para ofrecérselo todo á los *señoritos*.

Carolina se manifestaba agradecida á las atenciones de aquellas buenas gentes: todo cuanto la regalaban, le parecia delicioso y era recibido con la mayor gracia del mundo. Francisco por el contrario, era altanero y orgulloso: daba un puntapié á las figuras labradas por el tio Andrés, echaba á volar los pájaros cogidos por Sebastian, si es que no les reservaba un trato mas bárbaro, y en todas

ocasiones hablaba á los aldeanos con una grosería que el necio se figuraba era grandeza de alma, y sin embargo costaba trabajo el separarle de entre ellos, por que así podia ser insolente sin recibir castigo, y creerse de naturaleza superior á la de los otros criados para obedecerle.

No se crea por esto que el marqués y la marquesa de Anglard aprobaban la conducta de su hijo; pues tenian demasiado talento y buen sentido para eso. Un dia que Francisco y Miguel jugaban junto á un arroyo, encoló Francisco su volante en un alto matorral al otro lado de él.

—Ve á buscar mi volante, dijo á Miguel.

El aldeanillo puso el pie sobre la tabla que servia de ponton. El arroyo iba muy crecido con la lluvia del dia anterior, y la tabla y las orillas del arroyo estaban tambien empapadas en agua.

—La tabla se menea, señorito, y tengo miedo de caerme en el agua.

—¿Y á mí que me importa el que te des un baño en el arroyo? Yo quiero mi volante y tienes que obedecerme, porque soy tu amo.

Miguel que no carecia de valor, pasó por la tabla y volvió con el volante, no sin peligro de caer, pues la tabla se mimbreaba bajo sus pies como la maroma tirante de los volatineros; pero esto no impidió el que Francisco se burlara de él, llamandole *burro, cobarde, bestia* y echándola de valiente desde la orilla.

El marqués, que sin ser visto, asistia á esta escena, quiso dar una leccion á su hijo. Presentándose de improviso, cogió el volante que Francisco

hacia saltar con la raqueta y le tiró al otro lado del arroyo, mandando imperiosamente al caballerito que fuese á buscarle. Francisco aturdido con semejante órden, creyó que su padre se chanceaba; mas cuando vió que la cosa iba de veras, quiso escusarse diciendo como Miguel, que la tabla temblaba.

—Yo creo que tú tiemblas mas que ella, cobarde, le dijo su padre con tono de cólera. *¿A mí qué me importa el que te des un baño en el arroyo? Tú debes obedecerme, porque yo soy tu padre.*

Al oir estas palabras, Francisco que tenia mas miedo á el agua que un gato, se puso de rodillas delante de su padre, pidiéndole por amor de Dios, que no le enviase á una muerte cierta, haciéndole atravesar el torrente sobre un tablon podrido y ya sacado de quicio con la ida y venida de Miguel.

—¡Ah! replicó riyendo el marqués de Anglard, ¡parece que las cosas cambian con las personas! El arroyo se convierte en torrente, y en el baño hay peligro de ahogarse cuando se trata de tí, en lugar de ese *burro*, de ese *cobarde*, de ese *bestia* de Miguel.

—Pero, padre mio, yo no soy ningun paleto para esponerme, así, sin mas, ni mas.

—¿Cómo? ¡Hola, hola! ¿Con que tú crees que el ser caballero consiste en preservarse de todo peligro? *Nobleza obliga.* No lo olvides y acuérdate de manifestar valor, si quieres que no me averguence de que seas mi hijo.

A poco tiempo despues, Miguel tuvo una ocasion mas séria de manifestar su valor precoz. La es-

tacion estaba muy adelantada y ya los arbustos se despojaban de sus hojas, mientras que las de los olmos y encinas tomaban las bellas tintas doradas que son el adorno del Otoño. Los carboneros y sus hijos habian ido á cortar leña al bosque: el tio Andrés subido en los árboles, echaba abajo las ramas de que se habia de hacer el carbon: Miguel armado con la podadera, las cortaba tambien en los arbustos que estaban á su alcance: Sebastian y sus hermanas juntaban en haces todas las ramas, y su madre acomodaba los haces en una carretilla tirada por un borrico. Poco á poco los niños se fueron alejando de sus padres, hasta encontrarse totalmente solos; pero no tuvieron miedo ninguno porque estaban acostumbrados á andar solos por el bosque.

Los niños habian trabajado mucho y así que no estuvieron á vista de sus padres se pusieron á jugar; únicamente el laborioso Miguel continuó partiendo su leña. En el juego que habian escogido, Cristina era la oveja, Mariana el cordero y Sebastian el lobo. Cristina estendia los brazos, defendiendo con sus evoluciones á Mariana á la que Sebastian trataba de coger, gritando con todas sus fuerzas ¡Al lobo! ¡al lobo!

Como este es juego en que se corre, se rie y se mete mucho ruido, los alegres acentos de los niños llegaron hasta los oidos de sus padres!

—¡Ah! que picarillos, dijo el carbonero, como están jugando en lugar de acabar su tarea!

—Déjalos, contestó la madre, bastante tiempo para trabajar les queda á los pobres inocentes, desde ahora hasta que Dios los llame para sí. Ade-

mas, haria yo una buena apuesta á que Miguel no ha dejado la podadera.

La buena muger acertaba completamente; pero este juicioso y trabajador Miguel, no dejaba tambien de vez en cuando de soltar la podadera y de gritar dando patadas en el suelo:

—¡El lobo, el lobo! ¡Escapa, escapa!

De improviso un ruido estraño vino á interrumpir el juego: un animal venia á todo correr abriéndose paso por entre los matorrales.

—¡Si es un perro, fuerza tiene! dijo Miguel sacando la podadera de la rama en que estaba enganchada.

—Puede que sea nuestra borrica que se haya escapado, contestó Sebastian con voz conmovida.

La incertidumbre de los niños no duró mucho tiempo: un verdadero lobo enorme se lanzó de entre los árboles y se presentó á diez pasos de Cristina y de Mariana, petrificadas de miedo. Felizmente Miguel no se aturdió: empujó á sus hermanas hácia la espalda y se interpuso valientemente entre ellas y el lobo, al que amenazaba con la podadera. Hay en la mirada del hombre de valor un poderio que subyuga hasta los animales mas feroces. El lobo dominado por este ascendiente se detuvo como escitándose á el ataque contra el señor que Dios le ha dado. Sus ojos se inyectan de sangre, su pelo se eriza y ostenta para intimidar, dos hileras de dientes formidables, blancos, agudos, capaces de despedazar la carne y aun de quebrantar los huesos. Mariana que cree ya sentirlos en sus carnes, lanza gritos las-

timeros, mientras que Cristina permanece inmóvil de terror.

—Sebastian, gritó Miguel, dame ese palo que está allí en el suelo y vosotras id corriendo á llamar á padre.

—¿Y tú Miguel?

—Yo mataré al lobo, solo con que haga ademan de ir tras de vosotras.

—Las dos niñas no tuvieron valor para menearse un paso; pero Sebastian despues de haber alargado el palo á su hermano, apretó á correr dando gritos. El animal que teme al hombre cuando le hace frente, persigue siempre al fugitivo, así es que el lobo siguiendo su instinto, dió un brinco para saltar sobre Sebastian; pero el valiente Miguel se puso por medio, y el animal, furioso al ver que le estorbaban su presa, se decidió al fin á atacarle. El niño le presentó primero el palo en el que el lobo mordió con rabia, y aprovechando el niño esta circunstancia, le hundió el palo en el gaznate, hiriéndole al mismo tiempo en el pescuezo con la podadera. El lobo, sintiéndose herido, se agitó con violencia para evadirse del palo que le impedia morder, y como era fuerte, derribó en tierra á Miguel con sus sacudimientos. Cristina y Mariana viendo á su hermano por tierra y luchando con el terrible animal, dieron gritos desesperados.

—¡Salvaos! salvaos! les gritaba Miguel agarrándose al pescuezo del lobo que pugnaba por desasirse del palo, para precipitarse tambien sobre las niñas.

—Salvaos! repetia Miguel, es mas fuerte que yo y no le puedo sujetar.

Sebastian no sabia por donde ir para encontrar pronto á sus padres; pero estos habian oido ya los gritos de los niños.

—¡Qué tal! ¡cómo se esplican aquellas buenas piezas! decia el carbonero, creyendo que los niños jugaban; pero su muger mas inteligente, conoció la primera que eran clamores de angustia, y esclamó:

—¡Dios mio! qué es lo que les sucede: corramos aprisa.

Los dos echaron á andar hácia el lado en que se oian los gritos y felizmente el guarda-bosque, que habia encontrado á Sebastian, se reunió á ellos en el camino. Cuando llegaron al lugar del combate, Miguel tendido en el suelo y pisoteado por el lobo, no habia podido hacerle mas que muy ligeras heridas con la podadera; pero el lobo aprovechando la debilidad del niño, habia conseguido evadirse del palo y aproximaba ya su sangrienta boca armada de dientes agudos al cuello de Miguel. En aquel momento una bala bien dirigida le dejó en el sitio, porque el guarda-bosque donde ponia el ojo, allí ponia el tiro. El carbonero y su muger se apresuraron á levantar á Miguel, al que creian medio devorado por el lobo; pero solo tenia buenos arañazos, pues la sangre de que estaba cubierto, era toda de su terrible adversario, al que Sebastian y sus hermanos, no podian mirar sin terror, muerto y todo como estaba.

El carbonero y el guarda dispusieron una especie de angarillas con ramas de árboles, en las que colocaron el cadáver del lobo, y con acompañamiento de toda la familia, marcharon al castillo don-

de todos admiraron la heróica conducta de Miguel.

—Quiero, dijo el marques de Anglard, dar á conocer este valiente niño al prefecto, y espero que sabrá recompensar su conducta. En efecto, la hazaña de Miguel fué elogiada y premiada por el prefecto, por el general comandante del departamento, y por otras muchas personas de distincion. Francisco era el único que no participaba del entusiasmo general, pues desde el lance del arroyo, guardaba rencor á Miguel en el fondo de su corazon. Los cobardes perdonan con dificultad, porque nunca es la gana de vengarse la que les falta, si no la resolucion para hacerlo. Por otra parte, desde la leccion que habia recibido de su padre, Francisco aparentaba un valor estraordinario, y acometia las empresas mas arriesgadas, de palabra se entiende.

—Miguel se habia batido con un lobo. ¡Valiente cosa! ¿Quién es el que tiene miedo á los lobos? Cuando él tenga un par de años mas, su papá le dará un fusil, y se batirá, no digo con los lobos, sino con los enemigos de la patria, si llega el caso.

A despecho de estas y de otras fanfarronadas de Francisco, no era difícil advertir cuanto se habia aumentado en él la *prudencia*, desde la aventura de los carboneros. Nunca se paseaba solo en el parque, y cuando iba con gentes, tenia muy buen cuidado de no separarse. El menor ruido entre las matas le hacia temblar, y nunca volvia á casa, sin decir que habia encontrado cosas estraordinarias: ya era la huella de los lobos en la arena, ya la sombra de estos animales en la pared, ya en fin,

los lobos mismos, paseándose en el campo, pero tan lejos, que solo los ojos de un cobarde, los podrian descubrir. Aun dentro de casa, no estaba Francisco del todo tranquilo: soñaba con los lobos, y buscaba escusas para no irse solo á acostar, lo que no le impedia, como ya se ha dicho, echarla de valiente, hasta el estremo de no hallar estraordinaria la conducta de Miguel. El marqués de Anglard que observaba á su hijo, quiso quitarle la máscara, y por su órden, llegó un dia Perico el guarda-bosque, cuando toda la familia estaba reunida para comer, diciendo que habia visto en el parque una loba y dos lobeznos.

—¿Y por qué no los has matado, cobarde? esclamó Francisco, cuyo rostro se alteró visiblemente.

—No estaban á tiro de mi fusil, señorito, contestó el guarda.

—Yo me alegro de eso, dijo el marqués, así los cazaremos nosotros mañana. Irémos todos, porque el general y el prefecto van á llegar aquí dentro de dos dias y yo tendria gusto especial en poderles citar otra hazaña de Francisco á el lado de la de Miguel.

—¡Ah! papa mio. Miguel es un aldeano, al paso que yo....

—Si, ya conozco yo que tú debes hacer mas que él, interrumpió su padre sin dejarle acabar la frase.

Al dia siguiente por la mañanita, el valenton tenia un fuerte dolor de cabeza y no queria levantarse; pero su madre á la que hizo le tomase el pulso, declaró que no tenia el menor asomo de calen-

tura y que debia levantarse. Esta decision indignó á Francisco. ¡Una madre esponer así á su hijo! qué crueldad! Pero habia que hacer de tripas corazon y salir de la cama.

—Voy á vestirme muy despacio, muy despacio: mi padre tiene poca paciencia para esperar y se marchará sin mí.

Pero esta treta no le valió, por que su padre contra su costumbre tuvo aquel dia una indulgencia estrema y él, que siempre exigia que Francisco se vistiese solo, envió aquel dia un criado para que le ayudase á echar los botones que tanto trabajo le costaban. En fin, no hubo mas remedio que partir.

—Señor Pedro, dijo Francisco al guarda, nosotros iremos juntos, pues yo quiero ir con usted á todas partes.

—¡Ah! señorito, contestó con mucha sorna el antiguo soldado, usted es mas valiente y quién sabe si se precipitará adonde mis viejas piernas no puedan seguirle.

—No, no, que he prometido á mamá que tendria mucho juicio.

En aquel instante el marqués se detuvo y agachándose, acercó el oido al suelo, haciéndoles con la mano señal de que callasen. El guarda y Francisco se acercaron de puntillas.

—La loba está en ese matorral y si podemos levantarla antes de la llegada de los otros cazadores, la gloria de esta soberbia caza será para nosotros solos.

El guarda se restregaba las manos en señal de

alegría; pero Francisco temblaba como un azogado.

—-Tú, buen Pedro, continuó el marqués, vas á ponerte á este lado, yo á el otro, y Francisco ojeará dando golpes en las matas con un palo á ver si sale la loba, y si por una casualidad saliese por aquí, escucha bien esto, hijo mio, pues te vá la vida en ello, te mantendrás firme llamándonos, pues si quieres escaparte eres perdido; acuérdate de Miguel.

Francisco apenas se vió solo echó á llorar, y era tal su miedo, que ya le parecia que se meneaban las ramas. ¿Que hará en aquel lance?... ¿Huir? será perseguido... ¿Quedarse? ¿Pero y si la loba fuese á salir por su propia volnntad? porque escusado es pensar que el vaya á menear las ramas. Mas.... no se engaña, no: siente ruido; las hojas secas son pisadas por un animal. Es la loba ó por lo menos un lobezno.

—¡Socorro, socorro! grita Francisco, tirándose al suelo boca abajo.

Acudió al instante el guarda, y el cobarde con voz que apenas se le entendia, empezó á decirle.

—¡Los lobos.... los lobos!...

—¿Pero dónde estan?

—Ahí en ese matorral: me han rozado al pasar!

—Los perros que no perdian el tiempo en esplicaciones, estaban á la pista y ya habian hecho señal. El guarda que habia preparado su arma, dispara y el animal cae. ¡La loba de Francisco era un conejo!

El valor de Francisco en esta memorable ocasion no dejó de ser asunto de chanzas y de chistes;

solo sus padres no se reian, porque sentian tener un hijo tan cobarde. Por la noche Francisco fué citado á una especie de tribunal de familia, y su padre le habló así, delante de todos.

—Caballero, esta mañana se ha portado vd. como un cobarde. El soldado que falta á el honor delante del enemigo, es degradado y se le quitan las armas y el uniforme que es indigno de llevar. Esto es lo que vd. ha merecido, y por consiguiente las abarcas y el vestido de paño pardo es el trage que le conviene y la gala con que se presentaria vd. mañana para servir á ese noble Miguel, si yo no hubiera cedido á las instancias de la mamá. Perdonaré este castigo, ya que ella se empeña; pero en cuanto á sentarse conmigo á la mesa un niño de esta especie, eso si que no. Vaya vd. á su cuarto y allí estará encerrado hasta que yo disponga otra cosa.

Esta segunda leccion hizo mas efecto en Francisco, pues emprendió sériamente el corregirse y al cabo lo consiguió; porque no hay defecto en la infancia que no ceda á la resolucion decidida de enmendarse de el. Despues de tres meses de pruebas, Francisco volvió á estar en gracia con su familia, y con su verdadero trage vino alegremente á ocupar su asiento á la mesa.

En cuanto á Miguel, educado bajo la proteccion del marqués de Anglard, se hizo un escelente militar y llegó á obtener el grado de capitan en un regimiento de lanceros.

MALICIA Y BONDAD.

Habia en una casa de campo cuatro niños que nunca armaban disputa, cuando se trataba de hacer alguna buena diablura; al contrario, todos estaban de acuerdo, y los grandes eran justao mente de la opinion de los pequeños. En la mism- casa habia un gran perro de los Alpes, llamada *Coradino*: perro de una lealtad y una mansedumbre á toda prueba. Era tal su paciencia, que nunca enseñaba los dientes á los niños que le tiraban de la cola, ó que tenian á bien echársele de golpe sobre el lomo, cuando estaba durmiendo. Habia entre las tales criaturas una niña muy golosa, llamada Margarita, la que tenia á veces impulsos de generosidad, y despues de dar al perro un pedazo de torta, se la quitaba, y se la comia delante de sus hocicos, sin que el perro á pesar de esta burla algo pesada, gruñese siquiera. Coradino aguantaba esta chanza, y otras que seria largo referir, con una paciencia y una igualdad, de que ya quisieran envanecerse algunos niños. En paseo, por egemplo, caminaba llevando en la boca alguna cesta ú alguna bolsa de las perezosas, y á veces llevaba tambien sobre el lomo los pañuelos de las niñas y las casaquillas de los niños.

Se creerá que tan leales servicios le merecerian afecto, y si se quiere cierto respeto de parte de los niños: pues nada de eso, los niños mimados todos son ingratos, porque creen que todo les está permi-

tido. Un dia se les ocurrió á los cuatro diablillos, atar una vegiga inflada á la cola del buen Coradino; pero como atar la vegiga sola hubiera sido un juego casi inocente, le amenizaron con meter dentro de ella algunos cascabeles. El perro estaba durmiendo, y como que tanto caso hacia de las manos de los niños puestas sobre su pellejo, como de las moscas que se paraban encima de el, les dejó hacer todo lo que quisieron. Pero no era esta calma la que convenia á los cuatro diablillos; era preciso despertar y poner en movimiento á Coradino; era preciso en fin atormentar y hacer daño, porque hay gentes que se divierten con el daño que hacen.

Uno de los muchachos se acercó al perro con zalamero y falso ademan, y le presentó una tostada de pan con manteca. Todo héroe tiene alguna debilidad; la de Coradino es perecerse por esta clase de golosinas. Se levantó al instante relamiéndose el hocico, y avanzó hácia el muchacho que con toda picardia iba andando hácia atrás: el muchacho corre, y el perro se lanza tras él, cuando empieza á inquietarle el sonsonete de la cola: la sacude y la levanta á modo de penacho, pero el estrépito redoblaba. Dá vueltas al rededor persiguiendo con la boca abierta á su enemigo que siempre escapa á las furiosas dentelladas que dá á el aire. En fin, furioso y fuera de sí por la primera vez en su vida, se precipita hácia la cerca de la posesion, creyendo libertarse, por medio de la fuga, de un enemigo al que no puede alcanzar con los dientes.

Estaba al cuidado de la puerta de la cerca un

antiguo soldado que no podia menos de ver al perro y quitarle la vegiga; pero los niños que no quieren ver libre á su víctima, tratan de distraer al portero. Empiezan á contarle algunas patrañas y á entretenerle de varios modos; pero como él recelase alguna cosa y tratase de desentenderse de ellos, vá uno y encendiendo una carretilla en el cuarto del portero, viene por detrás de él y se la coloca en la cinta del chaleco. A pesar de que el portero era un antiguo veterano de la guerra de la independencia, no pudo menos de dar un brinco grotesco con la sorpresa y el ruido de la esplosion, quitándose prontamente el chaleco, que efectivamente ya se estaba chamuscando. Durante esta maniobra, la verja se abre, y Coradino todavía mas asustado con la carretilla, sale al campo y los muchachos tras de él.

El perro en lugar de seguir por la campiña, torció hácia el pueblo y entró por las calles, presentando sus ojos centellantes y enseñando los dientes á los que querian detenerle. Las mugeres que estaban sentadas delante de las puertas, y los niños que jugaban en la calle se asustaron en lugar de compadecerse del perro. Como era temido en el pais, se figuraron que la contrariedad causada por aquel ruido infernal le habia puesto rabioso. Las mugeres cogian á los niños y se entraban con ellos en las casas, los pillos seguian al perro tirándole piedras, y algunos labradores decian que iban á su casa para descerrajarle un tiro, creyendo que estaba rabioso. Coradino salió del pueblo siempre perseguido por aquella fatal cencerrada y llegó corriendo hasta el

aprisco de las ovejas. Cuando Coradino iba á paseo magestuosamente delante de sus amos, ó se colocaba entre ellos como si fuera un individuo de la familia, todos los perros de la vecindad le tenian respeto, y ni los mismos perros de los pastores se atrevian con él; pero entonces que perdido todo sentimiento de su dignidad, llegaba con la lengua de fuera, cubierto de polvo y llevando en el penacho de su hermosa cola una innoble vegiga, el miserable perro de un pastorcillo del pueblo ya no vé en él mas que el juguete de sus comunes tiranos, los hombres, y perdiendo todo respeto se dispone á tirarse á el para morderle. Felizmente Manolo, el hijo de una pobre viuda, que estaba encargado de guardar el rebaño del pueblo, se opuso al instante é hizo que *Malos pelos* entrase en su deber. Manolo tenia buen corazon y lejos de burlarse de la desgracia del pobre perro, llamó al instante á su hermano que estaba allí cerca tendiendo las redes para coger pájaros.

—Mira, le dijo, mira el hermoso perro de la quinta: sin duda los niños se han divertido en atormentarle de esa manera. Ayúdame y vamos á quitarle el peso que lleva en la cola.

—¿No nos morderá? preguntó Santiago, algo asustado á vista de Coradino.

—No tengas miedo, contestó Manolo: mira.... ¿ves como bebe? Pues es señal de que no está rabioso. ¡Atras, *Malos pelos*!

Así dijo para ahuyentar á su perro que todavía conservaba la maligna intencion de ostigar á Coradino, mientras se hallaba en tan lamentable estado.

Acercáronse muy poquito á poco hácia Coradino que estaba bebiendo en el arroyo que corria junto á el hato de las ovejas, y el perro, cual si leyera en los ojos de aquellos muchachos sus buenas intenciones, no trató de huir. Santiago empezó á hacerle caricias en la cabeza con mano trémula, mientras que Manolo le cogia la cola; pero estaba esta tan dolorida por efecto de la cuerda con que estaba apretada hacia algunas horas, que Coradino empezó á gruñir sordamente. Santiago, retrocedió asustado: Manolo por el contrario, sacó su navaja y cortando diestramente la cuerda que retenia la vegiga, cayó esta el suelo haciendo resonar los cascabeles por última vez.

Coradino agita libremente su cola, comprende el servicio que le acaban de hacer y lame la mano de sus bienhechores Santiago, ya completamente tranquilo, dijo á su hermano:

—¡Qué hermoso es este perro! Bien nos podiamos quedar con él.

Pero el honrado Manolo rechazó esta proposicion, y dejando las ovejas al cargo de su hermano, volvió el perro á la casa de campo, donde su conducta recibió los elogios y el premio que merecia.

En cuanto á Coradino, si le hubiesen dado á escoger, hubiera preferido quedarse con unos niños compasivos que tanto bien le habian hecho, aun cuando pudiera estar rabioso, antes que volver con unos amos injustos y crueles que miraban como cosa de juego el atormentarle.

LABORIOSIDAD Y HOLGAZANERIA.

Un niño llamado Constantino era tan laborioso, que esperimentaba grande alegría cuando su maestro le mandaba trabajar. Al instante preparaba sus libros y cuadernos de composicion: cuando escribia la plana lo hacia correctamente y con limpieza: cuando leia, lo ejecutaba con claridad y sin precipitarse. Ponia mucho cuidado en el desempeño de sus tareas, y prestaba la mayor atencion á las esplicaciones de los maestros para comprender el sentido de las palabras y de las frases. Así le sucedia muy á menudo estar el primero de la clase y ser presentado como un modelo á todos sus condiscípulos. Se habia acostumbrado de tal manera al trabajo que no podia estar un momento sin ocupacion, y el estudio se le hacia agradable y fácil, mientras que era muy penoso para muchos de sus camaradas. Su nacimiento no le destinaba á vivir del producto de su trabajo; pero cuando la desgracia le obligó á ello, ya le encontró preparado; se dedicó á un oficio, adelantó mucho en él, ganó mucho dinero, socorrió á sus padres y vivió feliz.

Basilio, por el contrario; era un holgazan tan solemne, que se asustaba solo con el nombre de estudio. Se levantaba tan tarde, que siempre llegaba el último á la clase, sin llevar estudiada la leccion y aun sin llevar lavadas las manos y la cara. Con los codos apoyados en la mesa, miraba tranquilamente como los demas trabajaban. Buscaba quien le sa-

case la composicion ó copiaba las que otros niños habian escrito, y aun así solia estar muchas veces castigado. En su casa nunca ayudaba á sus padres, y dejaba que sus hermanos trabajasen, mientras el se escapaba á jugar con los chicos de la vecindad. Creciendo de esta manera sin aficion al trabajo, fué imposible que se dedicase á oficio ninguno, pues á todos tenia igual aversion. En fin; concluyó por ser un vago que siempre andaba pereciendo.

MISERIA Y CARIDAD.

Manolo y Santiago, aquellos dos buenos muchachos que libraron al perro Coradino del postizo adorno que traia en la cola, se hallaban cazando pajarillos cuando llegó el perro cerca de ellos, y como esta ocupacion parece hasta cierto modo contraria á los buenos sentimientos que con el perro manifestaron, se hace indispensable esplicar el motivo de la caza.

El padre de Manolo y de Santiago era un pobre jornalero que, durante el tiempo de la siega y de la vendimia, salia de su casa para ir á trabajar por los pueblos inmediatos. Despues cuando llegaban las primeras heladas, volvia á su casa con la ganancia de cuatro meses en monedas relucientes cosidas entre el paño y el forro de su chaqueta, porque el pobre hombre era tan económico que no gastaba mas que lo estrictamente necesario para vestirse y alimentarse, Dios sabe como.

Cuando sucedió el lance del perro, haria como

unos dos años que el honrado jornalero partió segun su costumbre, y Manolo que tenia entonces diez años y su hermano que tenia catorce meses menos, le acompañaron hasta la última cruz del calvario que habia á la salida del pueblo y allí se despidieron. El padre bendijo á sus hijos y estos abrazaron á su padre, y al separarse de él, Santiago se subió al pedestal de la cruz y Manolo trepó á las ramas de un árbol para verle por mas largo tiempo. Cuando le perdieron de vista se bajaron cada uno de su sitio, se arrodillaron al pie de la cruz, hicieron una corta oracion y despues se volvieron á su choza agarrados de la mano.

La choza ó casilla en que los niños vivian, estaba colocada en el lindero del bosque y separada del pueblo por un pantano que en el mal tiempo se ponia intransitable. Esta situacion aislada habia acostumbrado á la muger y á los hijos del jornalero á pasarse sin compañía y solo se les veia ir á misa los domingos ó á algun mercado inmediato, cuando la estacion lo permitia; pero en todos los sitios de reunion hablaba la buena muger lo menos que podia y solo para responder á las preguntas que le hacian, pues el aislamiento la habia hecho muy uraña.

El otoño habia sido muy lluvioso, por lo que la madre y los hijos se confinaron en su casilla desde el mes de setiembre, y aunque no tenian ni podian leer el calendario, por la caida de la hoja conoció la muger que se acercaba el tiempo en que su marido debia volver: tenia ademas otra señal fija para conocer esta época y era el que se le iba acabando mu-

cho el caudalito que su marido dejaba. Como se habia hecho un vestido nuevo y otro á los muchachos, se encontraba entonces con que no tenia para pagar el alquiler de la casilla. Cuando por todos estos indicios conoció evidentemente que el mes de octubre tocaba á su fin, fué señalando los dias con garbanzos puestos sobre la chimenea y cuando le pareció que debia ser el último del mes, dijo á Manolo:

—Está con cuidado en el campo por si oyes repicar las campanas á vísperas, pues mañana ó pasado ha de ser la fiesta de Todos los Santos.

En efecto, al dia siguiente vino el muchacho diciendo á su madre.

—Tocan á vuelo las campanas en todos los pueblos del contorno, y de seguro es mañana el dia de Todos los Santos. He puesto algunas piedras en el pantano por las que podemos llegar hasta el lindero de los sauces, y de allí pasaremos fácilmente al camino real con muy poco rodeo.

—Bueno, decia entre sí la madre, desde Todos Santos hasta el dia de San Martin en que cumple el alquiler de la casa, todavía faltan once dias y en ese tiempo llegará mi marido y traerá dinero.

La madre y los hijos engalanados con sus mejores vestidos fueron á la iglesia y se arrodillaron, segun su costumbre, aparte del gentio y casi junto á la puerta. Manolo hizo notar á su hermano que todos los miraban y parecian ocuparse de ellos; pero Santiago le contestó, que eran sus vestidos nuevos los que llamaban la atencion: en cuanto á la madre nada advirtió, porque estaba toda embebida en sus oraciones.

Al salir de la iglesia se llegó á ella un criado del alcalde del pueblo y la dijo:

—No se vaya usted sin hablar con su señoría, pues tiene algo que decir á usted.

—¿Qué será? decia la pobre muger: yo he pagado puntualmente la contribucion, yo no he tenido quimera con nadie... ¡Ah! ¿si acaso serán mis hijos, que habrán hecho algun destrozo en las tierras?

Entregada á estas reflexiones, las mas largas que habia hecho en toda su vida, entró la muger en casa del alcalde que la estaba ya esperando en su sala.

—Buena muger, le dijo, Dios nos envia igualmente el bien y el mal.

La esposa del jornalero hizo una reverencia en señal de sumision á la voluntad del Señor, y despues esperó sin desconfianza lo restante del discurso. El alcalde continuó:

—El deber de un cristiano es soportar los mas amargos contratiempos sin murmurar, acordándose de las palabras del Salvador que ha dicho: bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

—¿Por qué predicará como el señor cura? decia entre sí la muger.

El alcalde continuó algun tiempo por el mismo tono, no sabiendo cómo llegar al triste asunto de que era preciso ocuparse hasta que uno de los muchachos le dió pie para ello, diciendo á su madre.

—Pregúntele usted por que padre no ha venido

con los demas compañeros suyos, que hoy estaban todos en la iglesia.

—¡Ah! pobre muger, eso es justamente lo que tenia que deciros. Vuestro marido, sin duda por tanto trabajar, ha cogido un tabardillo que le ha llevado á la otra vida, hará cosa de un mes. Sus camaradas han traido la ropa; pero en cuanto á dinero, ni un ochavo siquiera. Preciso es que le hayan robado.

Los dos niños prorumpieron en sollozos; pero la madre permaneció fria y muda, estendió maquinalmente el delantal y comprendiendo el alcalde este ademan, hizo traer la ropa del difunto y depositó aquella única herencia en el delantal de la viuda. Esta infeliz sin hablar una palabra, se volvió con aquella triste carga á su cabaña, seguida de sus dos hijos que lloraban á lágrima viva.

Al llegar la pobre muger á su casa, soltó de improviso las puntas del delantal y la ropa fué rodando por el suelo, estendió despues los brazos y cayó de espaldas privada de sentido. Los muchachos se apresuraron á socorrer á su madre, atacada de una ardiente calentura y no pudiendo subirla á la cama, tendieron un colchon en el suelo, sobre el que la recostaron. Toda la noche estuvo delirando y llamando á gritos á su marido, de modo que á el otro dia cuando vino el médico del pueblo á ruegos de Manolo, la encontró tan mala, que preguntó á los niños si no habia nadie que viniese á cuidar á su madre. No habia en aquel mísero albergue mas que dos niños llorando á el lado de una muger moribunda, y todos en el colmo de la miseria, si para remediar esta miseria, no hubiese caridad.

Efectivamente una pobre anciana abandonó su casa para venir á cuidar á la enferma: el médico redobló su celo y la pobre viuda pudo vivir; aunque imbécil y privada del uso de las piernas. El alcalde hizo á Manolo guarda de los ganados del pueblo, y todos los aldeanos, sabiendo las obligaciones que tenia, aumentaban mas de lo que era costumbre el pan, patatas ó tocino con que pagaban su trabajo. Santiago en fin, que no sabia otra cosa mejor, hacia cestas por la noche y cazaba por el dia. Así es como los dos hermanos pudieron hacer frente á la desgracia y á las necesidades de la casa.

Era preciso esplicar todas estas circunstancias, porque no es lo mismo coger pájaros para mantener á su madre, que cogerlos para divertirse en atormentarlos como hacen algunos niños.

TALENTO È IGNORANCIA.

Los artistas deben á su talento una existencia agradable en el mundo; pero es raro que logren una situacion independiente con el producto de su trabajo, y cuando alcanzan esta felicidad nunca es en la juventud. Así es que uno de nuestros mejores pintores de historia, habiendo fallecido en la flor de su edad, dejó á su viuda y á un hijo de seis años casi en la pobreza.

La pobre viuda vendió todos sus muebles y dejó su linda habitacion, para retirarse á un cuarto piso de una casa en calle estraviada. Como era

muger de resolucion, inmediatamente buscó que trabajar; y siendo primorosa en el bordado, ejecutó labores de mucho mérito, así en trages de corte, como en ornamentos de iglesia, para uno de los principales obradores de la capital, proponiéndose atender con el producto de su trabajo, no solo á las necesidades de la casa, sino tambien á la educacion de su hijo Guillermo. Entre los amigos del artista que no habian abandonado á la viuda, y que la visitaban mas amenudo, se hallaba uno de los primeros violines de la orquesta de la ópera. Habiendo notado una inteligencia precóz en el niño Guillermo, tuvo un dia la feliz ocurrencia de ponerle en las manos un violin fabricado espresamente para un niño de su edad; y así que le vió manejar el arco, conoció que el hijo de su amigo habia nacido músico y que todo anunciaba en él uno de esos pequeños prodigios, que como los niños Ficher y Monasterio, vienen de vez en cuando á causar la admiracion de cuantos los oyen. La pobre viuda podia ya vanagloriarse de tener un hijo que le habia de restituir el bienestar que habia gozado en tiempo de su marido.

Los buenos sentimientos competian en Guillermo con el talento músico; así es que, conociendo perfectamente la posicion de su madre, tomó la resolucion de aplicarse al estudio de su arte, de modo que pudiese realizar bien pronto las esperanzas que habia concebido. Era cosa que enternecia el ver á un niño de seis años trabajando con tanto ahinco como un hombre barbado, y lejos de que su madre tuviese que recordarle la hora del estudio,

tenia que inventar astucias, que prolongasen la de la recreacion. Bajo pretesto de que ella misma necesitaba hacer ejercicio, solia dar con Guillermo grandes paseos; pero el pobre niño no se manifestaba satisfecho y no descansaba hasta ganar el tiempo perdido.

Dos años se pasaron así, al cabo de los cuales su maestro y protector tuvo que dejarle, pues habia firmado la contrata como director de orquesta en un teatro de provincia. Era preciso buscar otro maestro á Guillermo, y su madre se acordó al instante del hombre célebre, del eminente artista que mas llamaba entonces la atencion de los filarmónicos. La reputacion de P.** era colosal y sus lecciones perfeccionarian el talento de Guillermo; ¡pero cómo llegarse al eminente artista que era mas inaccesible que un ministro y ademas muy avaro! No importa: la viuda se decidió á pedirle esta gracia para su hijo, pues le parecia imposible que así que le viese no se interesara por él.

Los dos muy bien vestidos, la madre con un buen trage que habia conservado de sus buenos tiempos, y el hijo con vestido nuevecito, se presentaron en casa del artista. Les hicieron entrar en una sala, donde estaban directores de teatros y aun personages de alto rango que venian á solicitar del artista que tocase en sus conciertos. Cada uno hablaba á porfia de las ofertas que iba á hacer á P.** para decidirle á conceder tan precioso favor.

—¿Oyes, mamá, decia Guillermo, que bueno es ser artista? Todos vienen á rogarle, á ofrecerle regalos: eso me sucederá á mí algun dia.

Pero esta concurrencia que tanto agradaba á Guillermo, no era la mas apropósito para tranquilizar á su madre, que no pudo menos de decir:

—¡Cuánto trabajo para ver á este hombre! Y despues que esto se consiga ¿cómo esperar que dé lecciones á mi hijo, cuando aquí oigo decir que ha rehusado dar lecciones á príncipes?

Aquel dia el artista estaba enfermo, y recibió á las visitas muy tarde; todos salian descontentos, porque despreciaba las mas brillantes ofertas; la música le fatigaba, los aplausos le eran importunos, y solo deseaba tranquilidad: de modo que no eran estos malos auspicios para Guillermo.

Las visitas iban retirándose, y Guillermo empezaba á fastidiarse, puesto que por juicioso que sea un niño, nunca podrá estarse quieto horas enteras. Despues de haber observado suficientemente las particularidades de la cortina de damasco, de las cornisas, y últimamente del techo, se puso á mirar por los rincones, y andando así al rededor de la sala, se encontró un violin detras de una cortina; cogióle al instante, y ejecutó algunas notas, que hicieron prorumpir en una esclamacion á los artistas que habia allí presentes. Como le animasen á continuar, atacó con resolucion un andante de Bethoven, mientras que todos cuantos habia en la sala, le iban rodeando en silencio. De repente se abrió una puertecilla disimulada en un rincon de la sala, y apareció un hombre estremadamente flaco y con ojos brillantes, que preguntó con tono de inquisidor.

—¿Quién toca aquí el violin?

—¡Dios mio! esclamó la viuda, temblando: caballero, es mi hijo: perdone vd. su indiscrecion.

—¿Su hijo de vd? Pero si vd. apenas tiene veinte y cinco años.

—Ya he cumplido veinte y seis, caballero; y este es mi hijo Guillermo.

Al decir estas palabras, cogió al niño de la mano y se le presentó al artista, que le tomó en brazos, le examinó por un instante, y volviéndole á soltar en el suelo, le dijo con sequedad:

—Vuelve á empezar ese andante.

Guillermo obedeció sin desconcertarse, y cuando concluyó hizo esclamar alartista:

—¡Es un prodigio este niño!

—Lo seria, contestó Guillermo, si tuviera la dicha de recibir vuestras lecciones.

—Las recibirás, querido, y ademas, quiero que todo el mundo te conozca antes de que seas mi discípulo, pues no es justo que me lleve yo todos los honores de tu enseñanza,

En seguida, volviéndose hácia los que admirados contemplaban esta escena, preguntó:

—Señores, ¿Quién me quiere ceder su salon, para dar en el un concierto? Se puede poner en los anuncios, que no solo se me oira á mí, sino tambien á este niño.

Preguntó entonces su apellido, y despues de haberle oido de boca de la madre, esclamó:

—Su padre ya le hizo célebre y yo os prometo queel hijo no desmerecerá deél.

El concierto fué muy brillante, y á Guillermo cupo una gran parte en el triunfo del grande hom—

bre que ya era su maestro y amigo. El pequeño violinista se hizo de moda, y no habia casa notable donde no le llamasen. Asistió tambien á un concierto que se dió en casa de un príncipe de la familia real, donde fué acompañado en el piano por una niña de su edad, cuyo talento músico era no menos estraordinario. Ademas de entusiastas aplausos, recibia Guillermo espléndidas gratificaciones, y magníficos regalos, que les permitian á él y á su madre, vivir con mucha comodidad. Ademas, su maestro que se iba cansando de subir hasta un cuarto piso, cuando iba á su casa, los llevó por principales inquilinos, á una que él habia comprado. Aunque las rarezas y el carácter altivo y exigente de aquel hombre le hacian pasar por interesado, tenia á veces generosidad de príncipe, y la admiracion que le causaba el talento de Guillermo le incitaba á hacer por él, mas que hubiera hecho por su propio hijo.

Así aquella pobre viuda tan desprovista y tan apurada dos años antes para atender á sus necesidades, se hallaba ya en un completo bien estar, gracias al talento de un niño de ocho años. El buen artista que habia tenido la primera idea de cultivar las disposiciones de Guillermo, estaba loco de alegria, y lleno de satisfaccion, por haber sido el primer maestro de un artista que debia igualar algun dia al célebre Paganini en fortuna y reputacion.

El piso principal de la casa á que P.** llevó á su discípulo, estaba habitado por un banquero, su esposa, y sus dos hijos Eduardo y Ruperto Tan aplicado y juicioso como era Guillermo, tan inquie-

tos, perezosos y tercos eran los hijos del banquero. Estos tres niños formaban un perfecto contraste; el uno era un prodigio de talento y buena disposicion, y por consiguiente de saber, y los otros eran prodigios tambien, pero de pereza, indisciplina é ignorancia.

La esposa del banquero tenia aquel amor propio, que hace á las madres creer que sus hijos son los mas bonitos y los de mayor talento del mundo. Incapáz ademas de juzgar por sí misma de los progresos de sus hijos, les proporcionaba toda clase de maestros, gastando mucho dinero en una instruccion que de maldita la cosa les servia. Así que oyó á Guillermo, que tenia un año menos que el mas jóven de sus hijos, quiso que enseñase su arte á Eduardo, por que en cuanto á Ruperto, maldita la disposicion que tenia para la música.

Guillermo por consejo de su protector, llevó caro por la leccion, y era dinero tirado por la ventana, el que la esposa del banquero gastaba solo por tener el gusto de decir:

—Mi Eduardo, es discípulo de Guillermo; ambos son de una misma edad, y es lo que hay que ver, cuando tocan juntos.

Por estas palabras se podia creer, que se trataba de dos prodigios; pero Eduardo tanto adelantaba con Guillermo como con los otros maestros; al cabo de un mes, era incapáz de ejecutar una escala en el violin, y ni aun podia solfear el *do*, *re*, *mi*, *fa*, *sol*, *la*, *si*, *do*. Sin embargo, la madre no habia escaseado gastos para favorecer aquel futuro talento; y ademas del coste de las lecciones,

habia gastado mucho dinero en un estantito lleno de los mejores libros de música, ricamente encuadernados. Este armario y las buenas obras que contenia, eran el objeto de la ambicion de Guillermo, que estaba muy distante de poseer un objeto tan rico.

El atril de Eduardo era de caoba incrustado de marfil, y su violin cuyas cuerdas hacia saltar, era una obra maestra de Cremona, que fuera de las horas de leccion, descansaba en una caja igual al pupitre y forrada de terciopelo carmesí.

Al subir un dia Guillermo á casa de su vecino para darle leccion, le dijeron que los dos hermanos estaban jugando en el patio. Como que Guillermo no gustaba de perder el tiempo, bajó apresuradamente para hacer que subiese Eduardo, ¡pero qué espectáculo le esperaba abajo! Eduardo y Ruperto, tan necios y tan estravagantes uno como otro, habian tenido la idea satánica de transformar el escelente violin en un barco chato: despues para fijar los mástiles, habian hecho agugeros con una barrena, y en ellos habian metido unos palitos para sostener las pretendidas velas. Muy satisfechos de su obra, habian bajado á ensayarla en la pila del pozo, antes de llevarla al estanque grande de algun paseo.

Guillermo al ver así destrozado tan bello instrumento, lanzó un grito doloroso.

—¡Bah! lo mismo servirá que antes, dijo Eduardo.

—¿Y qué sonido ha de producir, ahora que está taladrado como una espumadera?

—¡Calla! ¿y yo qué sabia de eso?

Esta es la respuesta ordinaria de los ignorantes cuando quieren disculpar sus desatinos.

La pérdida del violin, instrumento que habia costado cerca de cuatro mil reales, dió bastante que decir en la casa. Ya ocho dias antes, los dos hermanos habian causado á sus padres una pérdida casi tan considerable. Un criado, burlándose de ellos, les dijo que quien movia la péndola del reloj, era un ratoncito blanco escondido en lo interior, y se pusieron á desbaratar aquel objeto precioso, para coger al animal cuyo movimiento regular escuchaban. El banquero regañó mucho á sus hijos y les anunció que iba á ponerlos en un colegio; pero desgraciadamente para él y para ellos, no ejecutó este proyecto tan pronto como debiera.

Despues de algunos dias tranquilos, debidos á la vergüenza que les causaban sus travesuras, Eduardo y Ruperto volvieron á las andadas: los niños tontos y desocupados no pueden estar mucho tiempo sin hacer de las suyas. Llegaron las fiestas de Pascua y se determinó que la familia fuese á pasar unos dias en el campo. Para que allí se divirtiesen, compraron á los niños un globo que debia elevarse tanto cuanto lo permitiese la cuerda con que estaba sujeto.

Este juguete causó grande alegria á los dos hermanos, que fueron al instante á buscar á Guillermo para enseñársele: todos tres jugaron un buen rato y muy contentos; aunque una sala no fuese el sitio mas apropósito para este género de diversion, cuando Ruperto, incapaz de resistir al diablo que le tentaba, rasgó el globo con el cortaplumas para ver

lo que tenia dentro, y escapándose el gas por el agugero, el globo cayó al suelo, arrugado como si fuese un trapo.

—¡Otra barbaridad! dijo Guillermo, colérico por la pérdida de aquel hermoso juguete. ¿Pues no conocias que el humo de que el globo está lleno, se escaparia por el agugero?

—¡Toma! Yo qué sabia!—Esta fué la respuesta de Ruperto.

Un semi—saber que no es guiado por la esperiencia, es á veces tan peligroso como la ignorancia. Guillermo queriendo echarla de sábio, fué la causa de grandes desgracias.

—Hay un medio, dijo á sus compañeros, de reparar el mal que se ha hecho. Tapemos el agugero con un pedazo de papel pegado con cola de boca: despues haciendo nuevo humo, inflaremos el globo.

Eduardo y Ruperto saltaron de gozo, tan satisfechos de este proyecto, que eran capaces de romper todos los globos del mundo, solo por el placer de volverlos á llenar.

Compuesto el globo, le bajaron á el patio; ¿pero cómo habian de hacer humo?

—Quemar paja, dijo Guillermo.

No hay mas que un puñado.

—¿Servirá lo mismo papel? preguntó Eduardo.

—Lo mismo, ¿qué duda tiene?

En un par de brincos, se plantaron los dos hermanos en el cuarto de su padre, sin que los criados se inquietasen por lo que iban á ejecutar, acostumbrados como lo estaban, á dejar salirse con la suya á los dos niños mimados. Eduardo cogió el cesto en

que el banquero tenia todos los papeles inútiles, y Ruperto que no queria bajar con las manos vacias, arrebañó cuantos papeles habia sobre el bufete de su padre, y cargando con ellos en la falda de la blusa, baja como si le faltase tiempo, se precipita en el patio, y sacude la blusa en la fogata. Una densa columna de humo se eleva, y el globo empieza á inflarse, con gran satisfaccion de los niños, y aun de los criados, que atraidos por la curiosidad, presencian y aplauden aquel juego peligroso.

En aquel momento llaman á la puerta de la calle el banquero y su esposa, que volvian de paseo. Eduardo sale al encuentro de sus padres, y les cuenta muy apresurado, como Ruperto ha roto el globo, como le han compuesto despues, y como le están inflando, á fuerza de quemar todos los papeles que habia en el gabinete.

—¡Papeles! Esclama el banquero, quedándose pálido ¡Dios mio! Si acaso fuesen...

Sube corriendo, y su esposa le sigue trémula: sus presentimientos no eran infundados. El banquero sostenia un pleito, del que dependia su fortuna, y aun su reputacion. Antes de salir, habia puesto bajo un sobre documentos de la mayor importancia para el triunfo de su causa, y habia puesto el paquete sobre la mesa, con órden á los criados de que se le entregasen á su abogado, si venia á pedirle. Ruperto oia hablar todos los dias de este pleito, sabia perfectamente el nombre del abogado de su padre; pero incapaz de reflexion, y harto ignorante para leer siquiera un sobre, habia cogido todos los papeles y los habia entregado á las llamas.

Las reflexiones del desgraciado banquero fueron tan prontas como terribles. Estaba arruinado y ademas deshonrado, porque nunca darian crédito á la narracion de aquel suceso. Dirian, si, que no pudiendo probar sus derechos á las sumas que reclamaba, habia inventado aquella fábula para disimular sus mentiras. No escuchando mas que su desesperacion, se apartó de su esposa que lloraba á su lado y subiendo al último piso de la casa, abrió una ventana de la escalera y se arrojó al patio, quedando estrellado junto al monton de cenizas humeantes que contenia la suerte de su familia.

Grande fué la desesperacion de Guillermo, causa inocente de aquella desgracia, y como sus amigos y su madre quedaban en la indigencia, creyó que á él le tocaba poner remedio.

—Amigo mio, dijo á su maestro, ayudadme á dar un concierto á beneficio de mis pobres compañeros: mientras se hallen en la miseria, nunca me podré consolar de haber contribuido en cierto modo á su desgracia.

El maestro se conformó al instante, y se anunció el concierto. El deseo de oir todavía una vez al admirable niño cuya partida á Italia se anunciaba ya, escitó en alto grado la ansiedad del público, y hubo una entrada considerable. El producto de ella se entregó á la viuda, que no queriendo volver á esponer á sus hijos á los peligros de la ignorancia, los colocó en un colegio, donde siguiesen buenos estudios, sin que por esto dejasen de ser amigos de Guillermo, cuya fama cada dia es mayor.

PIEDAD É IMPIEDAD.

Un niño llamado Isidoro, podia servir de egemplo á todos los de su edad, por los sentimientos religiosos que en él se advertian. Así que se levantaba por la mañana, se hincaba de rodillas al pie de un devoto altarcito que se habia formado, y allí permanecia un buen rato en oracion. Nunca se olvidaba de rezar por sus padres, diciendo:

—Dios mio, escuchad mi oracion: conservadme á mis padres y haced que con mi conducta y aplicacion pueda pagarles algun dia los sacrificios que hacen por mí y los cuidados que me prodigan.

Por la noches, cuando queria acostarse, rezaba tambien con el mismo fervor, dando gracias á Dios por los beneficios recibidos durante el dia y pidiéndole igual gracia para el siguiente. Cuando iba al templo para oir misa, nunca se distraiá jugando con sus camaradas: escuchaba atentamente las instrucciones de los maestros y sacerdotes. Por eso todos le amaban, y pronosticaban bien de él para lo sucesivo, porque tal es el fin del hombre como son los principios

Renato, por el contrario, era un niño que cuando le mandaban á misa, se estaba jugando á la puerta de la iglesia, sin entrar á oir los divinos oficios. Armaba quimeras con los demas muchachos, y se burlaba de las cosas santas y de las personas piadosas. De aquí pasó, sin temor de Dios, á jugar en la iglesia y en la sacristia, sin hacer escrúpulo de beberse el vino de las vinageras, cuando podia

aprovechar algun descuido. Esto era á la vez hacerse borracho y ladron, lo que ayudado de su irreverencia, le hizo objeto de desprecio para todo el mundo, sin que reconociese los malos efectos de su conducta en los primeros años, hasta que despues se vió en la miseria é infelicidad.

HUMILDAD Y SOBERBIA.

Carolina era hija de un honrado artesano y ya desde sus primeros años habia anunciado una viva inteligencia y una sensibilidad profunda. Una sonrisa de Carolina consolaba á su madre de todas sus penas y reanimaba el valor abatido de su padre. Fué una época funesta en la que nació esta niña. En la guerra y en el patíbulo se vertia la sangre mas pura de la Francia; los cadalsos al fin habian caido; pero la guerra continuaba mas sangrienta y encarnizada que nunca.

El Consulado comenzaba y Napoleon pidió al instante su juventud á la Francia: mientras que los padres estrechaban á sus hijos con dolorosos abrazos, ellos se lanzaban contentos por ir contra el enemigo y llenos de ambiciosas esperanzas. La muerte hacia tanta brecha en sus filas, que cada dia eran precisas nuevas levas, y llegó momento en que ni el título de padre y esposo podian esceptuar á nadie del comun destino: en este dia la Francia entera lanzó un hondo gemido de dolor.

El padre de Carolina, bañando con sus lágrimas

el rostro de su hija, la entregó con amarga sonrisa á los cuidados de una esposa querida. «Adios, adios para siempre» esclamó al partir, y esta despedida le costó la vida á su esposa, porque á pocos meses Carolina ya no tenia madre.

Lo que habia sido de su padre desde entonces Carolina lo ignoraba. En los primeros dias, algunos amigos de familia se habian encargado de ella, hasta que cierto dia, ya muchos años antes de entonces, un coche habia parado delante de la casa de sus nuevos padres, una señora se habia presentado, les habia dicho algunas palabras y se la habia traido á la escuela real de San Dionisio, donde se hallaba en la actualidad.

Fué una noble inspiracion la que tuvo Napoleon al fundar la real escuela de San Dionisio. Era natural que todos los antiguos guerreros del imperio fuesen con mas valor al combate, cuando sabian en manos de quien dejaban sus hijas. Daban su sangre á la patria; pero ésta en desquite se encargaba de mantener é instruir á sus hijas. Ciertamente que si la igualdad debia reinar en alguna parte, era entre aquellas niñas que todas recibian la misma educacion, pudiendo todas considerarse como huérfanas, porque la muerte les arrebataba cada dia, á la una un padre, á la otra un hermano adorado. Mas ah! las distinciones sociales habian sabido introducirse hasta en aquel noble asilo, y la hija del general acogia con desdeñosa sonrisa ó mirada de proteccion á la hija del coronel, mientras que ésta apenas se dignaba hablar á la hija del oficial. Así en las horas de recreacion se for-

maban grupos entre las señoritas de un mismo rango, y allí trataban hasta de combates y conquistas, porque el furor bélico habia tambien invadido aquella tranquila morada: otras veces hablaban de su fortuna, de su familia y del brillante porvenir que les esperaba en el mundo.

Entre tanto Carolina se paseaba sola en los jardines de la casa, porque estaba sola, sin familia, sin rango que esperar. Buscaba en el estudio una distraccion á sus penas, y gracias á un trabajo obstinado, conquistó entre sus compañeras un puesto que no debia, ni á la casualidad del nacimiento, ni á alguna causa accidental. Numerosos premios la recompensaban cada año de su celo. La directora del colegio, la queria como á hija propia, sintiendo interiormente la fatalidad que parecia perseguir á un ser tan débil, y que merecia tanto ser feliz.

Un dia se formaron grupos mas numerosos y mas animados; las conversaciones eran mas vivas, y todos los semblantes manifestaban la alegría. Una reflexion penosa venia de cuando en cuando á entristecer á algunas de aquellas jóvenes; pero era un relámpago que desaparecia pronto, seguido de locas esclamaciones y gritos de alegría. Las pensionistas estaban entreteniéndose con los sucesos del dia, cuando una de ellas llegó muy sofocada.

—¿No sabeis la noticia? esclamó desde lejos, así que la pudieron oir. Un general está en el locutorio; ¡un general nombrado en el campo de batalla! Yo no he podido saber su nombre; pero viene enviado por el emperador á traer á Francia las banderas cogidas á los rusos, y ha pasado á ver á

una de nosotras. ¡Oh! ¡cómo todos los corazones palpitaron en aquel momento! Todas esperaban que seria un pariente ó un amigo, y se acercaron con ansiedad hácia la puerta, para estar prontas en cuanto oyesen pronunciar su nombre. Una sola se retiró muy triste, y esta era Carolina. Tomó un libro para disipar la melancolía que le asaltaba; mas en vano procuraba concentrar su atencion en la página abierta delante de sí, porque su espíritu estaba lejos de allí. Creia ver á su desdichado padre, y oir de su boca aquella triste despedida. Verdad es, decia, aquella despedida debia ser eterna; y esta idea casi la desesperaba.

En esto sintió pasos precipitados, y escuchó.... es hácia su habitacion donde se dirigen.

—Niña, preguntan por vos en el locutorio.

—¡Por mí!... se levanta pálida y trémula; pero con la esperanza en el fondo del corazon, vuela al locutorio, pero la directora de la casa le sale al encuentro, y la dice profundamente conmovida: hija mia, si vuestro padre á quien creeis perdido, no lo estuviese.... si viviera..... si se hallase ahora en...

—¡Mi padre! ¡mi padre! ¡oh! por favor, señora, no me engañeis, yo me moriria. ¿Adonde está mi padre? yo quiero verle, abrazarle.... al decir estas palabras, se le presenta un hombre con un brillante uniforme de general, cubierto de cruces y de placas. Carolina retrocede por un movimiento involuntario, no atreviéndose á creer tanta felicidad.

Este solo instante hizo olvidar á la hija del soldado quince años de dolores y de lágrimas.

La providencia parece que quiso premiar la humildad de Carolina, y la resignacion con que habia sufrido el arrogante desden de sus compañeras, cuya soberbia y necio orgullo, fueron suficientemente mortificados con tan imprevisto suceso.

CULPA Y ENMIENDA.

En un delicioso convento, situado casi estramuros de esta capital, allí es donde ha pasado algunos de los primeros años de su vida, la que cuenta esta historia.

Hay ciertamente colegios mas brillantes y de mas fama; casas donde puede recibirse mas estensa educacion, mas á la moda; pero yo dificulto que se pueda hallar una, donde las niñas estén mejor cuidadas, tratadas con mas bondad y dulzura, y donde se sepa hacer mas fácil y agradable la observancia de los cortos deberes que se imponen á la niñez.

La primera vez que me hablaron de ir al convento, confieso que temblé de pies á cabeza, y el dia en que despues de haber abrazado á mi mamá, sentí cerrarse en pos de mí la verja del locutorio, cuando me ví sola entre aquellas mugeres vestidas de negro, me creí enterrada viva; así es que lloré, y lloré de tal manera, que todas mis compañeras no pudieron consolarme. ¡Y la noche! que larga me pareció en aquel gran dormitorio, acostumbrada como estaba á dormir en la alcoba de mi madre.

¡Y por la mañana! cuanto eché de menos la sonrisa con que era recibida al abrir los ojos. Ah! debo confesarlo; los tres ó cuatro primeros dias, me parecieron muy crueles.

Pero poco á poco fuí notando que era objeto de la mas tierna solicitud; me sorprendí al verme tan agasajada por mugeres desconocidas: encontré por la mañana una agradable acogida, por la tarde una buena y franca amistad, por la noche buenos consejos y un trato tan dulce y tan maternal, que á pesar de ser una niña, me hizo una profunda sensacion, y apenas habian pasado ocho dias, cuando ya queria el convento y á aquellas religiosas que me habian metido tanto miedo al principio.

Entre aquellas buenas y estimables señoras, cuyo recuerdo no me abandonará jamás, se hallaba una, la decana por cierto, tan respetable por sus virtudes, como por su edad avanzada; tenia encargo particular de cuidar de nosotras en las horas de recreacion, que pasábamos por lo regular en un risueño jardin. Hacia mucho tiempo que aquella buena muger no se inquietaba por los acontecimientos esteriores, y lo único que podia turbar su vida tranquila y apacible, era la caida de una, la indisposicion de otra ó la terca porfia de alguna de nosotras. Se llamaba *Nicolasa*, pero nosotras picarillas, la llamábamos *la madre Nicolasa*, y estoy segura que su nombre será grato á la memoria de las que se han educado en aquella casa.

Un dia se trataba, si mal no me acuerdo, de una manzana verde que habian dejado caer maliciosamente de un árbol: una de nosotras cometió

una falta muy grave, echó una mentira!... é hizo que recayese en otra el castigo de su culpa! Al otro dia nada fué mas fácil que convencer á la culpada, y la madre Nicolasa que descubrió la falta, quiso dar un egemplo terrible, é impuso un castigo, que hará juzgar de la severidad de aquellas escelentes maestras: condenó á la delincuente á... tener puesto todo el dia su gorro de dormir.

Preciso fué á nuestra pobre compañera asistir á la misa, á las clases, á las comidas y á la recreacion, cubierta la cabeza con aquel gorro bien blanco y con guarnicion de muselina, que todas las noches nos poniámos al irnos á acostar. Este castigo singular produjo un grande efecto entre nosotras: en vano intercedimos todas por la pobre Luisa, la madre Nicolasa se mantuvo inflexible; pero como nunca allí transcurria una noche sin reconciliacion, por la noche antes de la oracion, la maestra que se habia visto obligada á castigar, venia á conceder su perdon, precedido de un sermoncito, cuya conclusion indispensable era pedir á Dios que él quisiese tambien perdonar.

Todo sucedió segun costumbre, y la buena Nicolasa, despues de haber abrazado á la pobre arrepentida, nos dijo: no sabeis, hijas mias, las desgracias que puede ocasionar la mentira mas leve. En vuestra edad creeis no hacer daño ninguno, y sin embargo, podeis acordaros de aquella fábula del pastor que gritaba, ¡al lobo, al lobo! para hacer venir á sus compañeros y burlarse de ellos en seguida. Les dió este chasco muchas veces y le parecia una diversion; pero un dia el lobo vino de veras

á atacar su rebaño, y esta vez en vano gritó, porque nadie se meneó de su puesto: creyeron que les engañaba otra vez, y estuvo á pique de ser devorado. Por otra parte, hijas mias, lo que tal vez no sea peligroso en la infancia, traerá terribles consecuencias cuando seais grandecitas, y os halleis en el mundo. Si contraeis desde ahora la costumbre de mentir aun en chanza, la conservareis, y mas adelante sereis castigadas de un modo bien cruel.

Todavía es temprano, y antes de la oracion, en la que nos uniremos todas de espíritu y corazon para obtener el perdon de esta pobre niña, quiero contaros una historia que os hará conocer el peligro que hay en ocultar la verdad.

Yo no he sido siempre religiosa, queridas niñas, yo tambien como vosotras he sido mimada por mis buenos padres. Mi padre que se quedó pronto viudo, concentró en mí todo el cariño que habia tenido á mi madre, y no quiso abandonarme; se encargó de mi educacion, queriendo cuidar por sí solo á la niña en que cifraba todas sus esperanzas.

Mas ah! bien pronto se vió atacado de un mal que fué el que por último le condujo al sepulcro, y como alivio y distraccion, le mandaron viajar. Partimos para Italia y nos fijamos en Turin.

Estábamos allí ya hacia algun tiempo, y mi padre, que estaba bien quisto con lo que se llama la alta sociedad, me llevaba siempre consigo ¡á mí que tenia entonces diez y seis años! Yo habia visto ya en muchas casas un hombre joven todavía, de

aspecto frio y severo y porte noble y grave, que nunca tomaba parte en los placeres de las tertulias. Nunca se habia manifestado en sus lábios la mas leve sonrisa; miraba jugar y se acercaba tambien á la tandas de bailarines, pero ni las suertes dichosas ó fatales del juego, ni las demostraciones estrepitosas de nuestra alegría, conseguian desarrugar su frente pensativa.

Una noche que me hallaba en una de las brillantes reuniones de la marquesa de Rossi, oí anunciar al conde de Palfi; mis ojos se volvieron hácia la puerta, y ví entrar cabalmente al hombre cuya fisonomía me habia chocado. A su aspecto empezó un sordo murmullo en toda la asamblea. Se adelantó hácia la dueña de la casa, la saludó inclinándose profundamente, hizo con gracia varias señas con la mano á algunos personages, y se retiró á un rincon de los salones. Yo no se porqué, pero aquel hombre llamó toda mi atencion aquella noche: sea que bailase, sea que me entretuviese con las jóvenes de mi edad, yo no le perdia de vista un solo instante, y con gran asombro mio, no le vi responder á las preguntas ó cumplimientos que le hicieron, mas que por ligeros signos, sin que una palabra saliese de su boca. En vano muchas señoritas fueron á hablarle; en vano le propusieron sentarse á las mesas de juego ó aceptar algunos refrescos; no pudieron sacar de él mas que algun gesto ó ademan político, que por lo demas respondia bien á lo que se le decia.

Una conducta tan estraordinaria picó vivamente mi curiosidad juvenil, y quise saber quien era

aquel personage misterioso, cuyo silencio y calma me parecian tan incomprensibles. No sabia como lograr mi deseo, cuando vino á sentarse á mi lado una señora de Turin, que me habia manifestado mucho cariño en las reuniones donde soliamos encontrarnos.

—Dios mio, señora, la dije yo, tened la bondad de decirme si aquel caballero es mudo.

—¿Cuál?

—Aquel que está junto á la ventana y nunca habla palabra.

—Es el conde de Palfi.

—Ya lo sé: he oido pronunciar su nombre cuando ha entrado; pero sus modales me han llamado la atencion, y esta mudez obstinada de parte de un hombre que parece bien educado, es muy estraordinaria.

—¡Cómo! replicó la señora con aire asombrado, ¿no sabeis su aventura?

—No señora: he llegado hace poco á este pais y no sé qué motivos tenga para obrar de ese modo.

—Venid á aquel balcon donde podemos respirar un aire mas fresco, y yo os diré quien es el conde de Palfi.

Así que estuvimos solas, empezó á hablar en estos términos

El conde de Palfi siendo muy jóven, heredó un título y un inmenso caudal, que le hicieron ocupar en el mundo un rango poco comun. Vivo, ardiente é impetuoso, se arrojó con delirio en el torbellino peligroso que en el mundo se llama el placer. Fué rodeado bien pronto de una caterva de jóvenes, tan

atolondrados como él, que no pensaban mas que en divertirse. Entre todos ellos distinguió particularmente á uno llamado Andrés, hijo único de una familia noble; su carácter alegre, sus modales francos y leales hicieron nacer entre él y Palfi una amistad verdadera. Nunca se separaban; placeres, peligros, buena ó mala fortuna, todo era comun entre los dos. A cualesquiera de ellos que se hiciese un beneficio, se podia contar con dos amigos agradecidos; así como si se ofendia á uno de ellos, habia que temer á dos enemigos irreconciliables.

El conde tenia escelentes cualidades, era valiente, generoso, lleno de honor, y sin embargo, arrebatado por un espíritu vivo y brillante, y por la aprobacion que obtenian en el círculo de sus amigos las anécdotas que contaba con gracia y facilidad; no tenia escrúpulo de inventar, ó al menos añadir mucho de su cabeza, á estas historietas, en las que no guardaba miramiento con nadie.

Ya lo veis, queridas niñas, este hombre tan íntegro y de tanta delicadeza en lo que toca al honor, no creia hacer daño, diciendo mentiras de que todo el mundo se reia; mas pronto fué cruelmente desengañado.

Cierto dia, en un almuerzo en que estaban reunidos varios amigos, el conde contó una historia, muy maligna, acerca de una señora de la ciudad; se rieron mucho y Andrés la encontró tan divertida, que fué en seguida á contarla á otra casa. Por desgracia se hallaba allí, sin que él lo supiese, un pariente de la dama, y apenas habia concluido su relacion, cuando recibió de aquel

caballero el mas enérgico *mentís* que sea posible imaginar.

Reina todavía entre los hombres una costumbre bárbara, una preocupacion feroz que exige que tales injurias se han de vengar con un desafio; es decir, un combate á mano armada, donde para probar que se tiene razon se procura matar al contrario, lo que sin embargo solo prueba que se tiene mas destreza ó mas fortuna. En consecuencia, hubo desafio entre Andrés y el pariente de la dama. Este era un antiguo militar que tenia gran superioridad en el manejo de la espada, así es que á pocos momentos de combate, el desdichado Andrés cayó pasado de una estocada. El conde de Palfi que supo el motivo del desafio, corrió á ponerse en lugar de su amigo, porque conocia que él solo tenia la culpa; pero ¡cuál es su consternacion y su dolor al encontrar á Andrés espirando!.... Furioso quiere vengarle, y atacando con rabia al que él llama su asesino, le hiere en el corazon y queda él mismo herido tambien! ¡He aquí como una mentira ligera en apariencia causa la muerte de dos hombres! El dolor que le causaba su herida y aun mas todavía su desesperacion, dejaron al conde durante algun tiempo en un estado completo de delirio; llamaba á Andrés, se acusaba de su muerte y queria morir tambien. El mucho cuidado que tuvieron con él, fué lo que le volvió á la vida; pero así que recobró su juicio, hizo venir á un sacerdote y delante de un crucifijo, puesta la mano sobre el Evangelio, esclamó:

—Puesto que mis palabras dan la muerte, y

mi fatal mania de faltar á la verdad ha causado tantas desgracias, yo juro delante de Dios, que nunca jamás una sola palabra saldrá de mi boca: en espiacion de mi falta, yo me condeno á eterno silencio.

Cuando yo le ví, ya hacia diez años que habia hecho este juramento: en vano habian procurado sorprenderle; en vano le habian acechado en aquellos instantes en que creyéndose solo, pudiera haber proferido algunas palabras; nunca se oyó el sonido de su voz. Posteriormente he sabido que habia muerto mucho tiempo despues, sin faltar á su promesa.

Ahora, queridas niñas, ¿comprendeis bien el peligro de mentir, aunque sea en chanza? Yo bien creo que vuestras mentiras no tendrán consecuencias tan funestas; pero cuando no fuese mas que obligaros á callar toda la vida, ¿no os parece que seria una gran calamidad para vosotras que sabeis hablar tan lindamente?

Escuchadme , cuando os acometa el mal deseo de no decir la verdad, acordaos del conde de Palfi, é imponeos solo por una hora, el castigo que él se impuso por toda la vida. Ahora pidamos á Dios que no nos esponga á tan dura necesidad.

Tal es la historia que nos contó la madre Nicolasa; produjo su efecto, porque en todo el tiempo que aun estuve en el convento, nunca vi á una de nosotras que se condenase siquiera por un cuarto de hora al silencio, y por el interés de todos los niños y niñas, he creido necesario contar esta historia. ¡Ojalá pueda serles útil!

PEREZA Y DILIGENCIA.

El señor de Santa Cruz, honrado comerciante, hacia ya diez años que estaba casado y se llevaba muy bien con su muger; pero le faltaba tener un hijo que perpetuase su nombre. Sus negocios prosperaban mas de lo que él se habia prometido, y para colmo de sus deseos, al fin tuvo el hijo que esperaba; pero el dia en que fué padre, dejó de ser esposo, pues el nacimiento de su hijo costó á su madre la vida.

Al fin tenia un hijo; pero lánguido y raquítico, y como los cuidados que reclamaba y las inquietudes que ocasionaba, hicieron descuidar al señor Santa Cruz los negocios del comercio, sus intereses padecieron y la fortuna le fué adversa. Una hermana del comerciante, solterona y pobre, gobernaba la casa de su hermano, desde que éste habia perdido á su muger, y le advirtió con tiempo de que el modo que tenia de mimar á su hijo, le era cada vez mas perjudicial, y que era indispensable, supuesto que el niño estaba fuerte y robusto, hacer por desarraigar en él las malas mañas de terquedad y de pereza que habia contraido durante ocho años de indulgencia escesiva y tal vez culpable.

Representó en fin á su hermano, que la suerte que despreciaba, no era una cosa indiferente, puesto que podria ayudarle el dia de mañana á colocar á Mauricio, que este era el nombre del niño,

en una esfera mas elevada de la que pudiera prometerse sin este apoyo. Así aquella muger de talento comprendió el medio de que habia que echar mano, para reanimar en él su antigua actividad. Presentarle la felicidad y el porvenir de su hijo como el objeto de sus esfuerzos, era manifestarle á la vez el fin y los medios, era infundirle valor y voluntad; así es que no hacia aun dos años que se habia puesto al frente de los negocios, cuando ya estos habian vuelto á su estado floreciente. ¿Qué habia hecho Mauricio en todo este tiempo? ¿Cómo recompensaba los afanes de su buen padre?

Con su desaplicacion, con su pereza, y sobre todo con una terquedad, que no cedia ni por el deseo de la recompensa, ni por el temor del castigo. El niño conocia muy bien el flaco de su padre y le sabia esplotar en beneficio suyo, no cediendo jamás en ninguna circunstancia de la vida. Esta resolucion produjo los efectos consiguientes: Mauricio fué despedido de todos los colegios donde le pusieron como esterno, y al fin su padre llamó á casa un profesor, al que confió sus penas.

El profesor, hombre de talento y de buen corazon, estudió el carácter de su discípulo, y como vió que lo que le dominaba era la pereza y la desobediencia, no le mandó nada determinadamente, y trató de inspirarle con destreza aficion al estudio: tarea inutil. Mauricio era observador, y notando la sagacidad con que trataban de forzar su voluntad, permaneció en su inercia.

Gracias á su terquedad funesta, no se pasaba dia sin que estuviese á punto de romperse los cas-

cos, pues con su genio vivo y travieso en nada reparaba cuando queria salirse con su gusto. Tenia la costumbre de balancearse en la silla, y perdiendo una vez el equilibrio, levantó con las rodillas la mesita que tenia delante y se embocó el café hirviendo en el pecho y en las manos.

Otra vez se le antojó disparar cohetes, y se fué para ejecutarlo á lo último del jardin. La esplosion se verificó, pero con tan poco acierto del polvorista que se chamuscó el pelo y se prendió fuego á la blusa. Asustado echó á correr, con lo que la llama tomó mas cuerpo. El infeliz hubiera perecido tal vez víctima de su imprudencia, si el cielo no hubiese traido por allí al jardinero de la casa, que en un abrir y cerrar de ojos, le cogió en los brazos y le zambulló en el estanque, del que salió tiritando y con un buen constipado, pero salvo.

Sabe Dios á que estremo hubieran llegado las cosas, y los sentimientos para el padre de Mauricio, sin una circunstancia que vino á separarle del hijo ingrato en quien fundaba todas sus esperanzas, y que no le habia causado hasta entonces mas que disgustos.

Cuando el señor de Santa Cruz volvió á ponerse al frente de sus negocios, se asoció con un hombre que gozaba de una intachable reputacion, aunque desgraciadamente no merecida. Como llevaba la firma de la casa, resultó que un dia aquel hombre se escapó á los Estados Unidos, despues de haber esparcido en el comercio cerca de cuatrocientos mil reales en recibos cuyo importe habia cobrado.

El buen comerciante se quedó aterrado, cuando supo esta noticia, pero no se desanimó. Se deshizo de cuanto poseia y pagó: al dia siguiente entregó á su hermana cuanto había podido ahorrar para ayudarla á vivir con Mauricio durante su ausencia, y se ocupó de los preparativos de su partida: muchos comerciantes que conocian su probidad y su rara inteligencia consintieron en formarle una pacotilla.

Cuando llegó el dia de la separacion, el pobre padre encomendó su hijo á su hermana, diciéndola que le conservase aquel cariño de que se mostraba tan poco digno; pero que tanta falta le hacia, y despues de haber abrazado á su hijo, que era todo lo que le quedaba de sus dias buenos, y que parecia destinado á dárselos muy malos, se alejó con el corazon oprimido y los ojos llorosos, pidiendo á Dios en voz baja se efectuase un cambio que no esperaba; pero por el que daria la sangre de sus venas.

A pesar de su atolondramiento, Mauricio lloró al despedirse de su padre, pues era menos insensible de lo que se creia, y aquella separacion le afectó de un modo estraordinario. En cuanto á su tia, disimuló su pena y se ocupó de arreglar la nueva habitacion que habia escogido y que constaba de sala, cocina y una alcobita para cada uno. Mauricio se paseó desdeñosamente por el cuarto y luego preguntó á su tia:

—¿Es aquí dónde vamos á vivir?

—¿Porqué no? respondió ella.

Llegó la comida que se componia únicamente de la sopa y el cocido y Mauricio volvió á preguntar:

—¿Qué, no tendremos hoy aquí á Juan para que nos sirva á la mesa?

—Ni á Juan, ni á Teresa, ni á nadie.

—¡Pues es cosa chistosa el tenerse uno que servir á sí mismo! pero en fin, esto no quita las ganas decomer. Apropósito, ¿dónde están los postres?

—¡Postres! esclamó su tia fingiendo admiracion. ¡Sabe Dios si todos los dias podremos echar carne en el puchero!

A el dia siguiente, cuando Mauricio se levantó, encontró á su tia cosiendo una camisa de municion.

—¿Para quién es esta camisa? dijo: á mí me parece esto algo duro de coser y no muy agradable.

—De modo que yo no coso por divertirme, contestó su tia, sino por ganar sesenta cuartos que me dan por cada camisa: como que todavía soy jóven para acostumbrarme al trabajo y como que no sé lo que será de nosotros, he pensado en crearme esta ayuda de costa.

—¿Y cuánto tiempo se tarda en ganar esos sesenta cuartos?

—Una costurera hábil los ganaria en el dia; pero yo necesito dos por lo menos.

—Pues entonces eso no vale la pena de estarse pinchando los dedos y debiamos marcharnos un poco á paseo. ¡Hace un tiempo tan hermoso!

—Es verdad, respondió la tia sin levantar los ojos de la labor; pero ya no es cosa de hacer lo que á uno le da la gana y hay que sujetarse al trabajo.

—Pero, replicó todavía el terco niño, si tenemos de que vivir, ¿porqué se ha de trabajar como si no tuviésemos?

—Porque no estamos solos en el mundo, y porque si tu padre ha de volver algun dia mas desgraciado de lo que fué.... quien sabe! yo me creeria bien remunerada de mi trabajo, ofreciéndole mis cortas economías y diciéndole: Hermano, mientras que has sido rico nada me ha faltado; pero mi corazon te lo paga con sus recuerdos y su agradecimiento: cada peso duro que te doy me ha costado muchos dias de constante trabajo; pero que se me ha hecho muy llevadero, puesto que á tí destinaba sus utilidades.

Mauricio se enterneció al escuchar á su tia: ¿era por la verguenza que sentia al verse tan inferior á ella por sus sentimientos? ¿Era por el remordimiento de sus faltas pasadas ó por el recuerdo de su padre, que se le renovaba como en el momento de la partida? Fué á sentarse junto á la ventana y abrió algunos libros, que soltó al instante que advirtió que su tia le miraba.

Dos meses se pasaron de un modo bastante monótono, la tia se levantaba y se ponia á trabajar sin menearse del asiento hasta que llegaba la portera que le traia la compra. Abandonaba entonces el oficio de costurera para convertirse en cocinera, y lo mismo al poner la mesa para comer: pero acabada la frugal comida, volvia á coger la labor hasta la noche. De Mauricio no hacia caso mas que para prevenir sus necesidades, pero sin dirigirle consejos ni reconvenciones: parecia que segun la inclinacion de cada uno habia reservado para Mauricio la pereza y para ella el trabajo.

Un año se tardó en recibir carta del señor de

Santa Cruz: el digno padre se quejaba de la fortuna que le era siempre adversa; pero decia que se consolaba con la esperanza de que por la respuesta de la carta, habia de saber que su hijo era ya amable, docil y laborioso. Mauricio se alegró infinito de saber que su padre estaba bueno y se acordaba de él, pero tenia un modo de amar á su padre, tan particular, que hasta entonces no le habia inspirado la mas pequeña reforma, ni el mas ligero sacrificio.

Los dias pasaron como anteriormente, hasta cierta ocasion en que Mauricio preguntó á su tia:

—Pero si papá no vuelve pronto, ¿qué es lo que yo voy á ser cuando sea grande?

—Un carpintero ó un albañil, contestó su tia sin dejar la aguja.

—¡Yo albañil! replicó el vanidoso niño; mejor quisiera ser soldado ó marino, que al menos podria un dia llegar á oficial.

—Eso no es cosa segura, porque todos los oficiales son jóvenes aplicados, que han tenido que estudiar muchos años para adquirir los conocimientos necesarios en la carrera militar. Hay otros en efecto, que de soldados llegan á oficiales, pero esto es muy casual: cada grado es la recompensa de una herida ó de una hazaña; pero tambien acontece que se recibe la muerte cumpliendo con su deber, y entonces, ¡á Dios el hombre y la recompensa!

Mauricio, furioso porque su tia siempre le respondia en términos de demostrarle la necesidad del trabajo, cogió de encima de la mesa un tomo de aritmética de Vallejo, y arrancando algunas hojas, las echó á volar por la ventana. Su tia se puso en-

carnada de cólera, y levantándose con precipitacion, dijo á Mauricio, con un tono de voz á que él no estaba acostumbrado:

—Traeme aquí el retrato de tu padre.

El niño bajó la cabeza, y obedeció sin replicar.

—No eres digno de mirarle siquiera, esclamó su tia, quitándole la miniatura: desesperado de su ruina por causa tuya, y todavía mas desconsolado por tu mala conducta, le has dejado marchar, sin prometerle algo para el porvenir, ni enmienda de lo pasado, y no contento con perseverar en el vicio, todavía quieres destruir sin respeto las obras destinadas á difundir la instruccion entre aquellos niños que la buscan con tanto ahinco como tu huyes de ella. Eres un mal niño, y serás despreciado de todos, hasta de los peones de albañil á quienes tanto desprecias, por que el mas pobre de ellos sabe mas que tú, y quiere que sus hijos sepan lo que tú nunca sabrás.

Mauricio no se habia meneado siquiera, durante esta sermonata, que habia dictado á su tia la mala accion que le habia visto cometer. Al fin se atrevió á decir:

—¿Quiere vd. darme el retrato de mi padre?

—No: dijo su tia, guardándole en un cajon de la cómoda, que cerró con llave: para tener ese retrato, es preciso observar una conducta, enteramente opuesta á la que observas en el dia. Si Dios oye mis súplicas, continuó llorando con amargura, mi hermano acabará sus dias en remoto pais, antes de volver aquí para encontrar un hijo que le cubra de vergüenza.

Siguiéronse momentos de silencio á estas palabras. Mauricio estaba pálido y sin verter una lágrima, cuando de improviso, y con todos los signos de la resolucion que era el distintivo de su carácter, se hincó de rodillas diciendo:

—No será vuestra oracion sino la mia la que Dios escuchará; que venga mi padre cuando quiera, que yo seré digno de su cariño.

No pudiendo resistir á este grito del alma, lanzado por Mauricio, su tia le abrazó, queriendo volverle el retrato.

—No, dijo el niño, hasta que vd. esté contenta de mí, no quiero tenerle, y mi castigo consistirá en estar privado de él.

Este fué el principio de una regeneracion completa. Mauricio fué colocado en clase de esterno en un escelente colegio, pagando su tia con mucho gusto el importe de la pension. Al principio, tuvo Mauricio algunas humillaciones que sufrir, por que entró en la clase mas inferior; pero esto fué un motivo para que desplegase todo su valor, y tanta como habia sido antes su pereza, fué despues su diligencia. Pasó con rapidéz de una clase á otra, y como tenia constancia, sus progresos fueron notables. En lo sucesivo fueron mayores todavía, de modo que su tia se vanagloriaba de él, y aun le sorprendia con algun regalillo, á fuerza de economias; pero Mauricio no aceptaba el menor agasajo, si llegaba á sospechar que su tia se hubiese impuesto la menor privacion para proporcionársele.

El maestro de Mauricio le cobró mucha aficion, y vino á decir á su tia, que continuase los estudios,

hasta graduarse y seguir carrera, pues tenia disposicion para ello. Mauricio estaba presente, y se esplicó así:

—Permita vd., tia, que yo responda, pues bien lo puedo hacer. Nosotros no somos ricos, señor, continuó con modesta dignidad, y aun ignoramos la suerte de mi padre: seria, pues, una locura, el seguir una larga carrera, tal vez incierta, si puedo hacer de un dia á otro, lo que él ha hecho en tanto tiempo por mí.

—¿De modo que os agradaria mas una colocacion en el comercio?

—¡Oh! ¡Si yo la encontrara!

—Puede que no sea cosa tan difícil. Tengo un amigo, que se halla á la cabeza de una de las mas fuertes casas de comercio de Madrid, y se halla disgustado con su tenedor de libros. Aprended un poco de francés, que os será necesario, y yo respondo de colocaros allí.

Mauricio trabajó dia y noche, siempre pensando en su nuevo destino y no deseando ya que su padre viniese tan pronto, sino hasta que él estuviese colocado. Llegó por fin el dia en que debian realizarse sus esperanzas, y presentado á su nuevo patron, le agradó al primer golpe de vista, y fué admitido en su bufete.

Al volver Mauricio á casa, despues de su primer dia de trabajo, se arrojó al cuello de su tia, esperimentando una felicidad inesperada, y esclamando:

—Ya soy hombre de provecho, ya gano mi mesada corriente, y con esperanzas de aumento cada año.

La tia estaba conmovida y contestó:

—Tanto mejor, querido sobrino; yo tambien tengo ahorros para dos años, y puedo hacer frente á los gastos de casa.

—¡Qué felicidad! esclamó Mauricio; entonces es menester reunir nuestros ahorros, para aumentar el tesoro que destinamos á mi papá. Vd. habrá tenido mas mérito que yo; pero de todos modos, yo creo que ya puedo tener el retrato, y que no me avergonzaré delante de él. ¿Qué le parece á vd?

—Ya no debes contentarte con besar el retrato como hacias antes, y yo te proporcionaré mas de lo que pudieras desear: mira en tu alcoba.

Mauricio se volvió para ir á buscar aquel retrato querido de un padre ausente; pero antes que hubiese andado dos pasos, se sintió estrechado entre los brazos de un hombre pobremente vestido: era su padre.

—Mauricio, querido hijo mio, todo lo sé, y todo lo he oido; pero triste recompensa de tu valor es el que yo haya llegado. Poca fortuna he tenido y no traigo un cuarto.

—¡Qué egoista soy! contestó el niño. Casi iba á decir que me alegraba.

—He aquí mi ofrenda, dijo la tia, poniendo sobre la mesa cuanto habia ganado á costa de tanto trabajo, durante la ausencia de su hermano.

—He aquí la mia, dijo Mauricio, poniendo sobre la mesa, el importe de la primera mesada, que por adelantado le habia satisfecho su patron.

—Y aquí está la mia, dijo tambien el padre, que

por esta vez habia mentido, poniendo sobre la mesa un paquete de billetes de banco, por valor de doscientos cincuenta mil reales.

SEVERIDAD É INDULGENCIA.

—Estoy admirada, hija mia, de no verte mas contenta: ¿Olvidas que vamos á comer hoy en casa de nuestra amiga doña Carlota?

—¡Ah mamá mia, si le he de decír á vd. la verdad, mas me alegrara que fuésemos á otra casa.

—¡Cómo es eso! doña Carlota es muy amable, y ademas, su hija Adelaida es íntima amiga tuya.

—Si mamá, pero....

—Vamos, acaba.

—Maldito lo que me divertiré en casa de mi amiga.

—¡Me dejas pasmada! Vamos, esplícate francamente.

—Yo no sé como decir á vd. que...

—Digas lo que quieras, lo cierto es que yo te veo buscar y acariciar á Adelaida ¿Serán acaso falsas é hipócritas estas demostraciones de amistad?

—No, mamá, no, pero yo tengo envidia de Adelaida.

—¡Envidia! mírame bien, hija mia, y hablemos sériamente, yo no puedo creer semejante cosa.

—¡Si supiera vd. qué fortuna tiene! ¡Tiene unos juguetes, pero qué juguetes! ni los hijos de la reina los tendrian mejores.

—¿Y es eso lo que te causa envidia? Sin embargo, yo creo que se juega lo mismo con juguetes de poco valor, y sin miedo de romperlos. Acuérdate de que algunas veces la misma Adelaida ha querido mejor divertirse con tus juguetes que con los suyos.

—Es verdad, mamá; pero Adelaida tiene unos vestidos tan hermosos, que parece una á la puerca cenicienta á el lado suyo.

—¡Vaya, tú estas soñando! Hasta ahora nadie ha echado de ver la elegancia de esa niña, y en tu edad, un vestido mas ó menos lujoso, es cosa de tan poca importancia, que ni siquiera concibo pienses en ello. Alguna otra cosilla será la que te inquiete.

—Si, mamá, contestó la niña bajando los ojos.

—Pues es preciso decírmela.

—No me atrevo.

—A mí nada se me debe ocultar, ó de lo contrario me enfadaré.

—Pues ya que es preciso decirlo, su mamá nunca se enfada con Adelaida, aunque haga cuanto le dá la gana; nunca la regaña, y la dá al instante cuanto quiere. ¿Qué no estudia las lecciones? Pues señor, nada importa, por eso no la llaman holgazana ni terca. Si quiere, se está en la cama hasta las doce de la mañana, así como por la noche, nadie la manda que se vaya á acostar. Dice todo cuanto le viene á la boca, y siempre su madre la llama ángel mio, vida mia, tesoro mio. Todavía no sé que la hayan castigado una vez siquiera.

—Ya entiendo; comparando tu suerte con la de Adelaida ¿quisieras cambiar de madre?

—¡Oh no! ¡Eso si que no! esclamó la niña, arrojándose casi llorosa al cuello de su mamá.

—¿Entonces querrias que te mimara y te echase á perder con esa escesiva indulgencia que con Adelaida tiene su madre?

—Tanto no, pero un poquito solamente.

—Te prometo todo el mimo y la indulgencia que quieras, si verdaderamente Adelaida es tan feliz como tú te piensas, y esta es cosa que la hemos de conocer hoy mismo, pues hemos de pasar todo el dia junto á esa niña, y así mejor que en visitas de media hora, es como se puede apreciar la felicidad de las personas.

Así hablaban Anita y su madre dentro de una berlina, que cruzaba rápidamente por las calles de la capital, bien humedecidas por la lluvia de los dias anteriores. Habian aprovechado aquel dia que estaba algo sereno, para aceptar el convite de doña Carlota, que en cuanto sintió parar el coche, salió á recibir á sus amigas con aquel agrado que la cortesia impone á las amas de casa. Adelaida no salió con su madre, y cuando le preguntaron por ella, respondió con tono triste, que hacia ya una hora que estaba indispuesta. Llevaba ya hácia la sala á Anita y á su madre, cuando vinieron á inquietarla los gritos descompasados de «mamá, mamá.» No hizo caso al pronto, pues queria ser cortés con sus huespedas; pero los gritos de mamá, empezaron de nuevo, con redoblada impaciencia. Al mismo tiempo, Adelaida se presentó en el estremo del corredor, en camisa y con las piernas al aire. Su madre no vió ni consideró mas que el peligro

que su hija corria de constiparse, y abandonó bruscamente á sus convidadas. Anita se acercó para abrazar á su amiga y decirla *aquí me tienes*; con aquel tono de voz que significa *¡Cuánto nos vamos á divertir!* Pero la niña mimada que estaba entonces de muy mal humor, se entró en su cuarto, dando á las visitas con la puerta en los hocicos.

La buena de doña Carlota, viendo á su tirano tan irritado, se entró apresuradamente en el cuarto de Adelaida, y Anita se volvió con su madre, que se habia quedado en medio del corredor, sin mas compañía que la del criado y la cocinera, que hacian esfuerzos por disimular la risa. Les hubiera preguntado de buena gana la causa de aquella pretendida indisposicion de Adelaida, pero repugnaba á su delicadeza, escitar á los criados á burlarse de las flaquezas de su ama. Felizmente, salió entonces la doncella, á la que preguntó con mas confianza, así que estuvieron solas:

—¿Qué le ha sucedido á la pobre Adelaida?

—Nada de particular; señora, créame vd.; y si pasa el dia con nosotros, ya verá vd. mas de una escena de este género. Esta mañana, se nos anunció tendriamos hoy el placer de ver á vds., proponiendo que no se saliese á paseo, para estar aquí cuando vds. llegasen. Una señora forastera, á quien pronto va vd. á ver, se conformó al instante, y á mí me convenia tambien el no salir de casa; pero la señorita Adelaida se opuso, pidiendo con empeño el salir á paseo. Larga discusion entre la madre y la hija, y como aquí siempre sucede, la última fué la que triunfó. Mi ama que sabe es una groseria el

salir de casa, cuando se espera gente convidada, trató de ganar tiempo, esperando que á su hija se le pasase aquel capricho; pero no fué así, y Adelaida no desistió de su tema del paseo. Trajeron una óptica que estaba de reserva para distraer á la niña, pero ésta la rechazó con tal violencia, que cayó de la mesa abajo, y se hizo pedazos uno de los cristales. Como que conoció los pretestos que su madre andaba buscando para no salir, empezó á desesperarse y á gritar de una manera, sin duda desconocida para vd, que tiene una niña tan juiciosa. El acceso de cólera fué seguido de lágrimas abundantes; y despues, la caprichosa niña, diciendo que le dolia la cabeza, quiso irse á acostar. Ahora sin duda quiere ya levantarse, pues no puede permanecer un cuarto de hora seguido en un mismo sitio.

Anita se quedó con la boca abierta al escuchar esta relacion, pero todavía no se le quitó la envidia que tenia á Adelaida, por qué solo pensaba entonces en las reprensiones que á ella le hubiera valido una conducta, por la que á su amiguita no decian una palabra.

Hubo un momento de placer para las dos niñas, y fué cuando Adelaida llamó á Anita á su tocador y ostentó delante de ella , sus vestidos, cintas y adornos, demasiado costosos para una niña tan pequeña.

—¡Ah! Qué feliz es! decia Anita entre sí, pero su mamá debia acostumbrarla á no estarse tanto tiempo en el tocador, porque esto es fastidioso y valia mas estar jugando. ¡Ah! ya acabó ¡gracias á Dios!

Anita se engañaba: no bien habia acabado la doncella de echar los corchetes al vestido de Adelaida, cuando se le antojó á ésta ponerse otro. Nunca la contrariaban; pero como entonces se retardasen algo en traer el vestido, tiró con tal fuerza del que tenia puesto, que desgarró en un instante una hermosa falda de muselina de lana.

Anita quedó pasmada á vista de aquel destrozo, diciendo entre sí:

—¡Qué fortuna tiene Adelaida en que no la encierren á pan y agua en el cuarto obscuro, por esta falta tan garrafal!

Concluido el tocador, Adelaida quiso bajar á un jardinito que tenia.

La tierra estaba todavía empapada en agua, y los árboles tenian mucha humedad, de modo que era lo mas prudente estarse en casa; pero Adelaida sostuvo con tal terquedad que hacia buen tiempo, que su madre hubo de ceder, y la de Anita consintió tambien, por que deseaba que su hija apreciase bien toda la felicidad, que su mimada amiga disfrutaba.

Las dos niñas se agarraron de las manos y bajaron al jardin.

—¿A que jugaremos? Preguntó Anita.

—Juguemos á correr, contestó Adelaida.

Toda persona de juicio hubiera creido que no era conveniente correr sobre un terreno empapado en agua, y los niños abandonados á sí mismos, deben preguntar á las personas de esperiencia lo que sea mas conveniente; pero Adelaida no tenia genio para eso, y empezó á correr la primera. Anita,

sintiendo que se le calaban sus lindos zapatitos, dijo á su compañera:

—Mira Adelaida que se me mojan los pies.

Pero esto solo bastaba, para que la otra quisiese continuar el juego; así es que contestó con ironia:

—Eso no importa ¡vaya que delicada eres!

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando su pié resbaló, y zas; fué á dar de lleno en un charco de agua llovediza y de arena amarillenta; no se hizo daño, pero el vestido lo pagó todo, y Adelaida que no pecaba de económica, se puso entonces á lamentar la pérdida de su hermoso vestido de gro de Nápoles; en su cólera, se puso á patalear dentro del charco, salpicando de pies á cabeza á la pobre Anita, que se acercaba á socorrerla.

Los dos niñas volvieron á casa despues de un cuarto de hora de ausencia. Adelaida lloraba de corage y Anita estaba bastante inquieta, pues no sabia cómo la recibiria su mamá. No la reconvino, pero la envió á cambiar de vestido, y como esta mudanza no fué de su agrado, se atrevió á decir que doña Carlota no debia permitir que su hija bajase al jardin cuando hacia mal tiempo.

Al volver Adelaida á casa, se acordó de la óptica que habia rehusado por la mañana; pero como un cristal estaba roto, empezó á impacientarse y quiso que al instante pusiesen otro.

—Pero, ángel mio, dijo su madre, no le tenemos en casa y será preciso que vayan á comprarle.

—Pues bien, si, que vayan á comprarle.

—Si quisieras esperar un poquito, amor mio,

porque el criado tiene bastante que hacer y ademas, no llegaria á tiempo para servirnos á la mesa. Pero, Dios mio, no llores, que te vas á poner mala!

En vano Anita propuso á su amiga que se entretuviesen con otros juegos: la caprichosa niña se empeñó en tener su óptica y llamando por sí misma al criado, sin mas esplicaciones, le dijo:

—Juan vas á ir al instante á buscar un cristal para mi óptica.

—No puedo, señorita, porque tengo que servir á la mesa dentro de breve rato.

—Yo te digo que vayas, yo lo quiero.

—Pero señorita....

—Mamá, díle que no replique.

—Juan, no la contradigas, dijo entonces la mamá. Anda por el cristal, qne la cocinera servirá á la mesa por tí y estas señoras disimularán.

Las señoras convidadas se apresuraron á tranquilizar á la mamá, pero no pudieron menos de mirarse una á otra como diciendo: ¡Qué lastima de muger!

El criado salió y Adelaida satisfecha tuvo paciencia por una media hora, al cabo de la cual pidió de nuevo su óptica. Fué ¡reciso que la doncella dejase la labor para acomodar el cristal roto, lo que era imposible. Exigió en seguida de su madre que pasase las estampas en la óptica aunque no tuviese cristal; pero como así no producian efecto, se marchó aburrida á un rincon. Anita ya completamente fastidiada con una compañera de esta especie, fué á sentarse á el lado de su madre, con deseos ya de salir de aquella casa.

El resto del dia se pasó con el mismo aburrimiento, y apenas concluida la comida, se despidieron las señoras convidadas. Apenas Anita estuvo sola con su madre, cuando ésta preguntó:

—Y bien, Anita, crees que Adelaida sea feliz con tanto mimo é indulgencia.

—¡Oh! no, mamá, de ningun modo.

—Me alegro de que lo conozcas por tí misma. Por lo que hace á mí, ya hace tiempo que tengo conocido que lo que proporciona á los niños salud, buen carácter y felicidad, es una severidad prudente, mas bien que una escesiva indulgencia.

TENTACION Y RESISTENCIA.

No siempre han de ser los niños ó las niñas los protagonistas de las historias, los héroes que pongan en accion las virtudes y que huyan de los vicios que con ellas forman contraste en este libro. Tambien es justo pagar algun tributo á los padres y referir alguno de esos sublimes actos de abnegacion, alguna de esas ignoradas virtudes que á un padre ó una madre puede inspirar el cariño que á su hijo tienen, cariño cuya fuerza seria la única capaz de luchar con el deber en el fondo de su corazon, cuando no están en él abrigados los mas puros sentimientos, como se ve en el egemplo siguiente.

Una muger jóven todavía, pero pálida, flaca y debilitada por los padecimientos, mandó parar á uno

de los omnibus que cruzan por París en todos sentidos. Subió con mucho trabajo al estribo y anduvo con lentitud el corto trecho que la separaba del sitio que debia ocupar. Su esterior anunciaba la miseria: estaba limpia, sin embargo, y cierto órden reinaba en su trage, pero algunos remiendos de tela diversa á la del vestido, del delantal y aun del pañuelo, indicaban la mas completa pobreza. ¡Pobre muger! casi parecia intimidada por verse tan cómodamente, y le parecia magnífico aquel equipage á cuatro cuartos.... ¡cuatro cuartos! ¡os reis dichosos del siglo! para ella era un caudal. Mucho tiempo habia estado calculando los medios de economizarlos, muchas veces habia echado á andar á pie; pero estaba tan débil que sus piernas no la podian sostener. En fin, aquel mismo dia habian venido á decirla que su hijo que hacia dos semanas estaba en el hospital, seguia gravemente enfermo y pedia sin cesar ver á su madre. Nada entonces habia podido contenerla, y para ponerse al lado de su desgraciado hijo que habia mamado en su seno la vida y la muerte, habia vendido un pañuelillo, unica pieza intacta que le habia quedado de toda su ropa.

«Pobre niño, decia para sí, voy á verte, á estrecharte en mis brazos, á esperimentar todavía un poco de contento, reclinándote sobre mi corazon: ¿tú piensas en tu madre? tú la llamas? tal vez la acusas por haberte separado de su lado? ¡Ah! esto era preciso por tu mismo bien: ya no habia trabajo ni fuerzas, ya no habia pan ni cosa con que cuidarte, querido niño. Nunca te hubieras separado de mi lado y yo seria bastante feliz si tu padre estuviese to-

davía con nosotros; pero.... nos espera allá arriba: y al decir esto, las lágrimas bajaban por sus megillas enflaquecidas.

«Siéntese vd. en lo último á la izquierda, suba vd. señora, allí hay sitio,» decia el cochero, y á esta invitacion todos hicieron un movimiento para estrecharse un poco mas ó figurar que lo hacian. La pobre muger se sentó de lado en el puesto que le tocaba; y á poco quedó allí un sitio disponible, que subió á ocupar una señora gorda con aire franco y rostro risueño, con una confianza ó por mejor decir una indiferencia, que se avenia mal con las ocupaciones mercantiles á que parecia dedicada. Tiró á su lado sobre la banqueta un pañuelo atado con negligencia por las cuatro puntas y que contendria como unos cuatro á cinco mil rs. El ruido de aquel dinero hizo estremecer á la pobre muger: desapareció la palidez de su rostro para dar lugar al encarnado mas subido, porque se le ocurrió que su trage inspiraba poca confianza; desde entonces estaba como cortada, y varias veces hizo movimientos evidentes para manifestar que nada tenia en las manos. Nadie prestaba atencion á esta escena muda. La pobre muger notó bien pronto que solo para ella era un suceso la presencia de aquel dinero, y esto la hizo reflexionar tristemente. El cuadro de su miseria, de sus padecimientos, se le presentaba con todo su horror, y por la primera vez de su vida sintió movimientos de despecho contra la diferencia de las clases y el rigor de la suerte. En fin, el sentimiento de sus penas, la proximidad de lo que podia mitigarlas, la enagenaron de tal

modo que con una especie de delirio decia para sí:

—¡Un tesoro, un tesoro tan cerca de mí! ¡con qué indiferencia le posee esta muger!... sin duda sus hijos no necesitan nada.... sin duda no tiene hambre!.... este dinero me tropieza sin cesar, no parece sinó que insulta mi miseria ó me invita.... seria tan facil.... esta muger está hablando distraida, nadie puede verme, gran Dios!... qué horrible pensamiento!... apartémonos, y al decir esto, se tiró hácia el otro lado sacudiendo la cabeza como para arrojar las ideas que la perseguian, y sus ojos buscaron alguna distraccion.

La señora, á quien el pañuelo estorbaba sin duda, le apartó mas de sí, y con este movimiento, le acercó á su vecina. Esta se estremeció de nuevo.

—¡Aquí, casi en mis manos, está toda una fortuna! decia entre sí, y esta mañana me ha costado tanto trabajo tener una peseta! Un vaiven del carruage, ya mas desocupado, hizo perder el equilibrio á la pobre muger, que queriendo sostenerse, plantó la mano sobre el fatal pañuelo. La tuvo un ratito sin menearla, y sus ojos amortiguados cobraron un brillo estraordinario, hasta que retirándola con precipitacion, la agarró con la otra como si quisiese sujetarla, y se puso á pensar en su niño.

¡Pobrecito hijo mio! voy á volverte á ver; pero no te llevo nada: nada te probará el recuerdo de tu madre. ¡Y cuántos dias se pasarán sin que pueda volver á tu lado, por que ya no me queda nada que vender!

Aquí el ómnibus llegaba al sitio de parada; la señora cogió su dinero, y luego le volvió á soltar,

para atarse una galga del zapato. La desgraciada madre miró al tesoro que iba á escapársele puesto que el pañuelo por una de sus aberturas, dejaba ver lo que contenia.

—¡Cuántas monedas de plata! decia la pobre muger deslumbrada; una ó dos que se quitasen, no se echaría de ver, y yo llevaria alguna cosa á mi hijo y tendria pan para muchos dias!

La señora, habiendo compuesto su calzado, quiso bajar precipitadamente para dejar el paso libre, y agarrando de pronto el pañuelo, soltó una de las puntas, y parte del dinero fué rodando por dentro del coche.

Cada uno se apresuró á recoger las monedas caidas; la pobre muger permaneció sola é inmóvil. Sus manos, siempre cruzadas, se apretaban mas, y un sudor frio bañaba su frente. Todo el mundo habia bajado ya, sin que ella se moviese de su sitio. A las voces reiteradas del cochero, bajó lentamente, y se dirigió al próximo hospital, donde le estaba esperando el único bien que tenia en este mundo.

EGOISMO Y CARIDAD.

Mientras que la pobre muger creia que nadie la habia visto, una persona oculta en un rincon del ómnibus, no la habia perdido de vista, y adivinaba parte de lo que pasaba en su alma. Movida de piedad, siguió en silencio á la desgraciada madre,

y concluyó por saber donde vivia. Esta persona, poco favorecida de la fortuna para poder por sí misma socorrer á los indigentes, se presentó en casa de una de sus amigas, la baronesa de L**, jóven rica y amiga de hacer bien. La contó lo que habia observado, y produjo tal impresion en la baronesa, que resolvió ir en persona á visitar á la pobre viuda. Ya habia pedido el coche, cuando la entregaron un billete, convidándola al campo para una carrera de caballos.

—En efecto, dijo, qué atolondrada soy, ya me olvidaba de que Mr. de Mortange cuenta conmigo y no puedo disculparme... ¡Dios mio! qué tarde es ya; es preciso partir. Querida amiga, tu pobre muger me interesa de un modo que no puedo espresártelo: yo no quiero ceder á nadie el placer de recompensarla por su esfuerzo generoso sobre sí misma, quiero absolutamente verla.

—Pues bien, á la vuelta del campo, yo me esperaré y...

—Imposible, estoy convidada á comer en casa del conde de G··· por la noche leeran un drama nuevo, pero mañana si tú quieres...

—Pues bien; mañana estoy aquí al medio dia.

—Perfectamente. ¡Cuánto te agradezco que hayas pensado en mí! Hasta mañana, ¡qué satisfaccion te voy á deber por proporcionarme esta buena obra!

Al dia siguiente, la amiga estuvo fiel á la cita, pero la baronesa no se habia levantado todavía, por haber pasado muy mala noche; los horrores del drama nuevo cuya lectura habia oido la víspera,

presentándose á su espíritu, la habian perseguido hasta en sueños: en fin, habia tenido una horrible pesadilla, de la que no habia podido libertarse, ni dormida ni despierta. Acordándose de la pobre madre, tuvo al fin ánimo para salir de la cama.

Durante el tocador, que siempre es largo y pesado entre gente rica, porque es el reinado de las doncellas, que saben prolongarle con mil nadas indispensables, la amiga se ausentó para hacer una visita allí cerca. A su vuelta, encontró á la baronesa entre otras tres jóvenes que hablaban vivamente. Una de ellas, decia algo enfadada:

—Debes participar tambien de nuestros desvelos, y presidir á los preparativos de la fiesta. Es indispensable, es un deber. ¿No eres tú tambien dama de la compañía?

—Es verdad; yo no rehuso unirme á vosotras pero una ocupacion indispensable...

—La dejarás para mañana, el interés de los pobres te reclama ahora mismo.

—Estoy comprometida.

—No hay compromisos mayores que los que se contraen en favor de los desgraciados.

—Cabalmente, iba á visitar á una pobre muger que...

—¿Una pobre muger? eso está muy bien; pero aquí se trata del interés de todos los pobres, y en conciencia, querida baronesa, no podeis titubear un instante.

—Esta señora, amiga mia, me esperaba para salir.

—Esta señora comprenderá muy bien, que no

habeis de vivir sola para vos, de dia y de noche, y que algo es preciso conceder á los demas. ¡Un baile á beneficio de los indigentes! seria inaudito no aplicar todos nuestros desvelos y pensamientos. Tocante á mí, hace ya ocho dias que no duermo.

—Vamos, vamos, dijo otra señora, salgamos al instante.

—Siento infinito este contratiempo, dijo en voz baja la baronesa á su amiga, pero no tengas cuidado, que tu protegida no perderá nada, al contrario, aumentaré la suma que la tengo destinada. Tú lo ves, no puedo menos de seguir á estas damas, es para una obra buena. ¡Oh! mañana toda soy tuya. No faltes á la hora, que yo estaré pronta.

Al dia siguiente, á medio dia, la amiga estaba á la puerta de la baronesa. Aun estaban durmiendo, porque la señora no habia vuelto hasta las cinco de la mañana, y las gentes de casa que habian sabido aprovecharse de aquella ausencia, estaban descansando tambien. Fué preciso, para evitar su mal humor, retirarse y no volver hasta las tres. A esta hora, la amiga, firme en su própósito de hacer bien, se presentó de nuevo delante de la baronesa, pero esta se hallaba en tal estado de fatiga, que era una crueldad hacerla levantar. Sin embargo, tenia unos vivos deseos de visitar á la protegida de su amiga. Suspiraba profundamente cuando se acordaba del suceso del omnibus, y apoyada la cabeza en sus almohadas, formaba mil proyectos caritativos, regocijándose de antemano, por la buena accion que iba á ejecutar. Su amiga la entretenia en aquellas buenas disposiciones, pero no se atrevia á

recordarla que el tiempo se pasaba, porque su palidez anunciaba un sumo desfallecimiento. En fin, el cochero envió á decir, que uno de los caballos no podria salir en todo el dia, y se decidió irrevocablemente dejar *todavía para mañana,* la visita á la pobre muger.

En efecto, al dia siguiente las dos señoras muy contentas por la felicidad que iban á causar, subian ligeramente por una sucia y oscura escalera del arrabal de San Dionisio, y entraron en una miserable boardilla.

¡Qué horrible espectáculo se presentó entonces á su vista! Una muger estaba tendida sobre un lecho de paja.

Se acercaron provistas de todo lo que podia aliviar sus penas y su miseria.

¡*Ya era tarde*!

La pobre muger acababa de espirar de necesidad.

A estas dolorosas escenas se espone, quien por por un culpable egoismo atiende á sus goces particulares antes que á remediar á los que con urgencia necesitan el socorro. La caridad debe ser solícita, y su mérito es todavía mas realzado con la presteza en ejercerla y en evitar los obstáculos que puedan impedir su pronto y seguro efecto. Por eso se dice vulgarmente que *el que dá pronto da dos veces.*

HONRADEZ Y PICARDIA.

Nicolás acababa de cumplir los diez años, siendo notables, así su estatura como su robustez, en tan corta edad. Era ademas laborioso, activo, y honrado; pero carecia de instruccion, puesto que sus padres, que solo vivian del producto de su trabajo, no ganaban para pagarle maestros. Las lecciones gratuitas que habia recibido en la escuela de su pueblo, no le habian hecho sábio; pero la naturaleza habia hecho por él mas que la fortuna: la rectitud de su juicio reemplazaba en él á la instruccion y aun á la esperiencia, que solo se adquiere con los años.

A veces sin embargo, sentia un cierto despecho, pues conocia que su corazon era superior á su estado; pero su resignacion á la voluntad del cielo venia á socorrerle y vencia sin dificultad aquella especie de disgusto capaz de estinguir en él hasta la idea de felicidad, envenenándola desde su orígen.

—Dios es el árbitro de todas las cosas, se decia á sí mismo: podia haber hecho que naciese rico; pero ha querido que naciese pobre y debo aceptar lo que me dá. Por otra parte, ¿no tengo bienes bastantes? tengo aficion al trabajo, al que si fuera rico, tendria grande aversion; tengo buena salud, que hubiera perdido tal vez con el ócio, y tengo, en fin, un buen padre que me ha inspirado amor á

la virtud. Vamos, vamos, Nicolás, conténtate con tu suerte.

El pobre niño, despues de estas reflexiones, se ponia á trabajar con un ardor que nunca se entiviaba. Siempre satisfecho, siempre dócil á las órdenes de su padre, ya iba á coger leña, para la pequeña provision de invierno, ya iba á espigar en el verano, ya en fin, ayudaba á su padre á cultivar el huerto que tenia en arrendamiento. Sus dias pasaban así, monótonos, pero tranquilos y apacibles. Habia oido decir muchas veces al señor cura de su pueblo, que uno de los mayores bienes de la vida es el saber moderar sus deseos, y á pesar de ser tan niño, bien conocia Nicolás que no debia desear lo que no podia obtener.

Ocurrió en este tiempo la mayor desgracia que á Nicolás podia suceder: su padre estaba derribando un árbol por el pié, y ya tenia hechas bastantes hendiduras en el tronco, cuando apoyado en el mango del hacha, se puso á calcular cuando y hácia qué lado caeria. Un labrador que pasaba al mismo tiempo, gritó al verle:

—Ten cuidado, Mateo, mira que vá á caer por ese lado.

Apenas el aldeano acababa de proferir estas palabras, el árbol vino al suelo, y el pobre leñador cesó de vivir, aplastado con la caida.

Nicolás vertió lágrimas amargas sobre la modesta tumba de su padre: su madre habia fallecido mucho antes, y en aquel momento quedaba sin apoyo, sin parientes y sin recursos. Para pagar los gastos del entierro, tuvo que vender cuanto tenia

¿qué iba á ser de él, en cuanto se agotase la caridad de sus vecinos? El primer mes, movidos de compasion, le socorrieron un dia uno, un dia otro, pero la compasion se acaba pronto, y cada cual dió á entender á Nicolás, que debia ganar la vida trabajando.

Esto es precisamente lo que el niño desea, puesto que se ruboriza de pedir limosna; ¿pero qué trabajo ha de emprender?... todavía no tiene la fuerza necesaria para cultivar la tierra, y la aldea no ofrece recursos, para egercer con provecho alguna industria. Se decidió al fin, segun se lo aconsejaban, á pasar á la córte, donde por una ilusion fatal á los habitantes de las provincias, se cree hallar franco y espedito el camino de la fortuna. Reunió todos sus ahorros, y su tutor le entregó tambien algun dinerillo, producto de una suscricion hecha á su favor por los amigos de su padre, como una ayuda de costa para el camino.

La víspera de su partida, que era un domingo del mes de junio, se llevó Nicolás rezando casi todo el dia sobre la sepultura de su padre. Al dia siguiente de mañanita, se puso en camino con poco dinero; pero cargado de bendiciones de todos los aldeanos, que le querian mucho porquesiempre les habia parecido juicioso y modesto. El tiempo estaba hermoso, y el pais se presentaba cada vez mas risueño, de modo, que si sentia por una parte la pérdida dolorosa que habia tenido, por otra parte se le ensanchaba el corazon en presencia de todas las maravillas que la naturaleza ostentaba á sus ojos, á medida que se iba alejando de la aldea.

Hácia el medio dia se detuvo junto á un arroyo que cruzaba el camino y que ofrecia grato reposo durante las horas de calor, bajo los álamos y sauces que crecian en sus orillas. El sitio le invitaba á descansar y su apetito á disfrutar de las provisiones que llevaba en su maletilla: pan, queso, carne fiambre, y aun su frasco ensogado lleno de vino, que un aldeano le habia entregado, como un cordial para reparar las fuerzas. Nicolás se contentó con un pedazo de queso, reservando la carne para la noche. Al ponerse en camino, vió venir apresuradamente á una persona, á la que reconoció bien pronto: era otro huérfano como él, y nacido en el mismo pueblo; pero mozo ya de diez y ocho ó veinte años. Andrés, que este era su nombre, aparentó la mayor sorpresa.

—¡Eres tú, pobre muchacho! le dijo. ¿Adónde vas por aquí, tan lejos de el pueblo?

El huerfanito ignoraba que Andrés no gozaba en el pueblo de la mejor reputacion, que se le atribuian varios robos cometidos en despoblado y aun en las casas, y que sus costumbres eran viciosas. Sin desconfianza y sin malicia y creyéndose ya bajo otro cielo, porque habia andado seis horas sin parar, esperimentó aquel sentimiento de placer y benevolencia que inspira el encuentro de un compatriota, lejos del suelo natal.

—Voy á la córte, dijo, para ver de ganarme la vida.

—¡A la córte! contestó Andrés. Justamente yo tambien voy allá y si quieres, iremos juntos. Así el camino se nos hará menos largo.

—¡Ya se vé que quiero! pero tú te vas á atrasar yendo á mi paso.

—No tengas cuidado por eso: seremos como dos hermanos y el mas fuerte ayudará al mas débil.

—Eres buen compañero, Andrés.

—Tú parece que ya has almorzado, pues yo voy á hacer otro tanto: en tres minutos despacho.

Andrés se sentó á orillas del agua, y sacando del bolsillo un pedazo de pan y una cebolla, se puso á tirar fuertes bocados, aparentando que no habia echado de ver las provisiones del niño, en las que sin embargo habia ya clavado los ojos con disimulo. Nicolás viendo aquel frugal almuerzo, no pudo menos de ofrecerle siquiera el queso; pero tras del queso, llegó su turno á la carne, y hasta el frasco del vino sufrió una mengua de consideracion. Andrés pagó su escote contando historias que divertian mucho á Nicolás, de modo que este se felicitaba por tener tal compañero de viage.

Llegaron á una posada que habia en el camino y en la que determinaron pasar la noche. Nicolás fatigado de la jornada, se durmió al instante; pero Andrés no se durmió. Sabia que Nicolás llevaba algun dinero y habia concebido el odioso proyecto de robársele. Con un niño tan confiado, esto no era dificil; así es que mientras Nicolás dormia tranquilamente, le sacó con destreza la bolsa de cuero que le habia entregado el tutor.

¡Qué ageno estaba el pobre huérfano al acostarse, de la desgracia que le esperaba al despertar. Llamó primero á Andrés, y como este no le respondia, bajó á la cocina creyendo que estaria en ella; pero

no halló mas que al posadero que le dijo, hacia ya tres horas que su camarada habia salido. Nicolás no podia creerle y quisosalir, como para asegurarse de la verdad.

—Alto allá, muchacho, dijo el posadero: nadie sale de mi casa sin pagar el gasto que ha hecho.

—Yo no trataba de escaparme, respondió orgullosamente Nicolás, resentido con la sospecha del posadero. ¿Ademas, no queda arriba mi equipage?

—¿Tu equipage? ¿Y para qué me sirve? dinero es lo que yo quiero.

—Pues bien: se le dará á usted.

¡Pobre Nicolás! ¿Qué fué de tí, cuando al buscar tu bolsa te encontraste con que un traidor te la habia robado? El infame Andrés, ni siquiera le habia dejado para pagar el gasto. Nicolás echó á llorar, juntando las manos y levantando los ojos al cielo, y el posadero que le habia venido siguiendo, al ver tal espectáculo, se acercó para decir:

—Y bien, ¿qué es esto? ¿porqué son esas lágrimas?

Nicolás apenas podia hablar; pero al fin pudo dar á entender que Andrés le habia robado cuanto tenia.

—¡Pobre muchacho! dijo el posadero, compadecido de él: pronto comienzas á esperimentar á los hombres. No llores, que así no has de recobrar lo perdido. Tienes buena salud, que es lo principal, y puedes trabajar para vivir. Esta noche irás á dormir á la posada del Leon de Oro, que está á cuatro leguas de aquí: preséntate al amo, y dile que vas de mi parte, y al instante te recibirá, pues sé que

necesita un criado jovencito. Por lo que hace á mí, te perdono cuanto me debes y ademas te voy á dar un buen consejo. Cuando encuentres gentes á quienes no conozcas, y aunque las conozcas tambien, lo mas seguro es que estés prevenido, como si supieses que te iban á engañar. Este es el único medio de evitar el que á uno le engañen, y á veces ni basta tampoco.

El posadero del Leon de Oro recibió muy bien al muchacho que su amigo le enviaba. Abundaban entonces los pasageros, porque era la época de la feria en los pueblos del contorno; pero al cabo de una semána las cosas volvieron á su órden regular y ya no hubo necesidad de Nicolás. El posadero, satisfecho de su celo, le gratificó con un peso duro, y ademas el muchacho poseia en monedas sueltas casi otro tanto, producto de las propinas que habia recibido.

Con este dinero continuó su camino; pero á pesar de que reducia sus gastos con la mayor economía, al fin se le acabó el dinero antes de llegar á la córte y el hambre empezó á atormentarle horriblemente. Caminaba tristemente y con los ojos bajos, cuando de repente distinguió en el hueco de un carril una cajita negra. La cogió al instante y abriéndola, vió que contenia una joya cuyo uso ignoraba: era un alfiler de pecho en el que estaba engastado un magnífico brillante.

Continuó caminando hasta una aldea que habia visto desde lejos, y segun su costumbre, entró en la posada, pidiendo que le mandasen trabajar con tal que le diesen algo que comer.

—¡Trabajar tú! dijo riéndose el ama de la posada. ¿Y para que sirves tú, tan pequeño como eres?

Esta respuesta hizo suspirar á Nicolás, cuyos ojos guiados por el olfato se habian dirigido sin poderlo remediar, hácia las hornillas en que hervian muchas cacerolas.

—Lo que hay en las cacerolas todavía no está cocido, dijo la posadera conociendo que el muchacho tenia hambre; pero aquí tienes cosa que vale mas para tí.

A Nicolás le pareció que aquella muger era un ángel, cuando vió que le daba un buen zoquete de pan y un pedazo de pierna de carnero fiambre.

—Esta noche, continuó, ayudarás á mi cocinera que tiene bastante que hacer, y que en cambio, te hará cenar como un príncipe. Mañana, despues que te hayas desayunado, podrás continuar tu camino.

Cuando Nicolás tuvo la tripa llena, se puso de buen humor, y empezó á ayudar en la cocina, para mostrarse agradecido. Estando allí oyó que el ama decia á una criada:

—Muchacha, lleva eso á los tres mercaderes judios.

Nicolás que nunca habia salido de su pueblo, se figuró que los judios no debian ser como los otros hombres, y fué corriendo á verlos. Halló que eran lo mismo que los demas; pero lo que le asombró sobre manera, fué ver que uno de ellos llevaba prendido en la camisa un alfiler, semejante al que el tenia en la caja, sin mas diferencia que en el color de la piedra, que en el suyo era blanca, y en el del judio era verde.

¡Capricho de niño! Quiso comparar las dos joyas, y abriendo la cajita, se puso á mirar su brillante, cuyo resplandor le hizo esclamar:

—¡Oh! mejor es el mio.

Uno de los hijos de Israel, que habia atisvado el brillante, se acercó á Nicolás y le dijo:

—¿Qué es eso que tienes ahí, amiguito? ¿De dónde te viene esa alhaja.

—Me la he encontrado ayer en mitad del camino real.

—¡Te le has encontrado! ¿De veras? ¿No se le has robado á alguna persona?

—¡Cómo es eso de robado! replicó Nicolás con el rostro encendido de indignacion. Sepa vd. que Nicolás, el hijo de Mateo el leñador, no ha robado á nadie... ni robará tampoco; y sino se me quiere creer, aquí está mi pasaporte y mi certificacion, por la que se verá quien yo soy.

—No te enfades, querido niño, no te enfades, dijo el judio. Pero dime ¿Qué es lo que vas á hacer con esa piedra? Perderla sin duda ¿No te gustaria mas este duro con el que podrias comprar dulces y cuanto te diese la gana?

Al decir estas palabras, el tal judio daba vueltas entre los dedos á un peso duro nuevecito y reluciente. Nicolás que ignoraba el valor de su joya, tal vez hubiera consentido en el cambio; pero aquel hombre le habia ofendido, y no quiso contestarle. Ademas, otro de los dos judios, le estaba haciendo señas espresivas para que no aceptase, y por eso no aceptó. Pocos momentos despues, este otro judio le llamó á un parage retirado, y le dijo:

—Escúchame bien : hay en el mundo hombres que tratan de engañar á los demas, y mi camarada es uno de esos. Por lo que á mí toca, nunca tendré valor para engañar á un niño. Tu alfiler vale mucho mas de lo que te quiere dar por él, y yo que me pongo en la razon, te ofrezco en el acto veinte duros.

—¡Veinte duros! dijo interiormente Nicolás, mucho vale entonces esta joya, y siendo esto así, es preciso guardarla para ver si parece su dueño. Tomada esta determinacion, el huerfanito rechazó la segunda oferta conforme habia rechazado la primera.

—¡Qué! ¿te parece poco? Pues bien duplicaré la suma : cuarenta duros en lugar de veinte.

—No quiero, no quiero, gritó Nicolás, mientras que el judio, incapáz de apreciar el noble motivo que hacia al niño rehusar sus ofertas, fué subiendo de una en otra, hasta llegar á cien duros.

—Todo es inútil, contestaba Nicolás, y aunque me diese usted todo el dinero del mundo no venderé esta joya ni á usted, ni á nadie.

Esto diciendo y no creyéndose ya muy seguro en aquella posada, salió sin despedirse de nadie y volvió á emprender su camino. Llegó por la noche y rendido de fatiga á un parador que solo distaba diez leguas de la capital. Con los pocos cuartos sueltos que llevaba, ajustó su cena y su cama en un rincon del pajar. Durmió sin embargo bastante bien, hasta que al ser de dia despertó con el ruido que hacian dos hombres sentados sobre la paja y á poca distancia de él. La curiosidad, natural á

los niños, le hizo escuchar la conversacion y oyó lo siguiente.

—¡Buen negocio hemos hecho! Esponernos en medio del dia para semejante resultado!

—¿Pero cómo has perdido una joya tan rica?

—¿Que cómo la he perdido? ¡Imbecil! ¿Quién sabe como pierde las cosas? Solo sé que fué al tiempo de atacar la diligencia, cuando la maldita caja se me cayó del bolsillo. Despues he mirado bien por todo aquel parage, he revuelto la arena y nada he encontrado. ¡ Maldita diligencia! Toda ella no valia tanto como el magnífico alfiler.

—¡Silencio! Oigo ruido en aquel rincon y alguno está allí tendido.... Es un muchacho que duerme profundamente! No es mala casualidad!

—Si no es mala.... para él, dijo el otro interlocutor con torbo ceño: de todos modos, mira si está bien dormido, porque si no, dormirá para siempre.

Nicolás se encomendó entonces á Dios de todo corazon, y aunque estaba bien despavilado, fingió que dormia profundamente.

—Duerme como una marmota. Ya ves tú; ¡á su edad!

—Pues basta de conversacion. Cojamos los trabucos y los morrales y fuera de aqui.

Apenas salieron los dos ladrones, Nicolás se levantó temblando y se hincó de rodillas para dar gracias á Dios, por haberle salvado de tan inminente peligro. Habia comprendido muy bien que el brillante que él poseia era el que aquellos hombres sentian tanto haber perdido.

Nicolás llegó al dia siguiente á Madrid, estenuado de hambre y de fatiga. Al entrar en la capital creyó que llegaba al término de sus penas, y esta misma creencia le habia hecho soportar con valor las privaciones del camino; ¡vana esperanza! Mas de dos horas anduvo por las calles sin encontrar quien hiciese caso de él. En algunas partes aun antes que abriese la boca, ya le decian: «Perdone usted por Dios, hermano» y en otras cuando se ofrecia por criado, mancebo ó aprendiz, contestaban que no les hacia falta.

Cada vez mas apesadumbrado, sin saber ya que hacer y sintiendo que las fuerzas le faltaban, se dejó caer desfallecido sobre un escalon de los soportales de la plaza mayor. De sus abatidos ojos corrian dos arroyos de lágrimas y ardientes suspiros se exhalaban de su pecho.

—Dios mio, esclamaba, ¿me he de morir sin ausilio alguno sobre esta piedra? Ah! si vendiese este alfiler que vale tanto dinero, no me faltaria que comer, ni donde hospedarme.... Ah! Nicolás, que mal pensamiento! ¿Pues no sabes que esa alhaja no es tuya? Oh! no, primero morir.

Todo forastero que llega á Madrid sin mas esperanza que en su buena suerte, está seguro de recibir los primeros ausilios, de parte de algun paisano suyo, ya establecido en la capital. Esta circunstancia no podia faltar al pobre Nicolás, cuyas lágrimas y actitud atrajeron hacia él la atencion de un hombre, ya de alguna edad, pero de benévolo semblante. Este sugeto conociendo por el trage del niño que evidentemente era un paisanito

suyo, se acercó á él, le hizo algunas preguntas y no tardó en saber toda la verdad.

—Ven conmigo, amiguito, le dijo: restaurarás primero las fuerzas y despues hablaremos: con tal que tengas buena conducta, como yo así lo creo, el trabajo no te ha de faltar.

Nicolás se levantó y siguió á su protector hasta la mas próxima pastelería, donde despues de haber tomado algun refrigerio, pasó desde el estremo dolor á todas las dulzuras de la esperanza. Ya se prometia con ayuda de Dios ser siempre buen muchacho y muy trabajador. En este caso ¿qué mas podia desear?

Contó á su paisano todas sus aventuras, sin ocultarle la menor circunstancia, y cuando le habló de la joya, de su negativa á venderla y del designio que tenia de buscar á su dueño para volvérsela, le dijo, apretándole afectuosamente la mano:

—Bien, Nicolás, bien, Dios no te dejará sin recompensa. Yo no entiendo de pedreria, ni de alhajas; pero creo que esa es de mucho valor y pronto saldremos de la duda, preguntándoselo á un platero. Ahora te vendrás conmigo á casa, pórqué no se diga que yo he dejado á un paisano en medio de la calle, y mañana depositaremos ese diamante en manos de la justicia, hasta ver si parece su dueño.

Nicolás era naturalmeute agradecido, así es que abrazó á su paisano, llamándole su salvador y su padre. No hay que preguntar si pasó buena noche y si tuvo felices sueños: hacia mucho tiempo que suspiraba en pos de la felicidad, y esa ya la

habia conseguido, puesto que la felicidad para él consistia en ganar honradamente su vida por medio del trabajo.

Al otro dia por la mañana, Nicolás y su protector fueron á casa de un platero, que despues de haber examinado el brillante, declaró que valia por lo menos veinte mil reales; pero admirado de ver semejante alhaja en manos de un niño, le hizo mil preguntas acerca del modo que habia tenido de venir á sus manos. Tambien preguntó al paisano de Nicolás; pero no pudo obtener de él mas respuesta que lo que el niño habia dicho.

No bien habian salido de casa del platero, cuando éste se arrepintió de no haber retenido el diamante.

—Esos sugetos, decia, tienen traza de hombres de bien, pero no es la vez primera que las apariencias engañan. Me han dado las señas de su casa, pero ¿quién sabe si serán falsas? ¡Oh! he hecho muy mal, pues debia haber retenido esa joya: veamos si se puede todavía remediar este descuido.

Tomando el sombrero y el baston se fué en seguida á hablar al gefe político, que en vista de los informes del platero, mandó prender á Nicolás y al que le acompañaba, donde quiera que los encontrasen.

Daba la casualidad de que pocos dias antes se habia hecho un robo de consideracion en casa del conde del Retamar, y entre las alhajas sustraidas de que se habia pasado nota á las autoridades, figuraba un alfiler con un brillante de escesivo va-

lor. El conde tenia en tal estima esta alhaja, que con tal de recobrarla, sacrificaba todo lo demas que le habian robado, y por la descripcion que habia hecho, se podia creer que dicho alfiler era el que estaba en poder de Nicolás.

Mientras que el platero, cumpliendo con un deber, denunciaba al gefe político el huérfano y su protector, estos habian ido á casa del sub-comisario de su distrito, para confiarle provisionalmente el alfiler. El sub-comisario despues de haber escuchado con el mayor interés todas las circunstancias que habian hecho á Nicolás poseedor del diamante, se deshacia en elogios de la honradez del niño y mandó estender acta formal de la entrega que le hacia.

—Conserva siempre, amigo mio, le dijo, esa virtud tan preciosa y por desgracia tan rara: el cielo te otorgará la primera recompensa en el fondo de tu corazon, y nunca te faltará el aprecio de los hombres de bien.

—Este señor, decia para si Nicolás, me habla lo mismo que mi padre, que me decia muchas veces: portémonos siempre bien, que si falta una recompensa, nunca falta otra aquí, y al decir estas palabras se ponia la mano sobre el corazon, conforme lo habia visto hacer á su padre.

Apenas habian salido á la calle, cuando se encontraron con cinco ó seis agentes de policía y seguridad que llevaban en medio á unos cuantos malhechores sorprendidos en una casa sospechosa. Iban atados de dos en dos y miraban con el mayor descaro á cuantos pasaban, riéndose cuando oian decir. «Esos son unos ladrones.»

Nicolás se acercó para verlos, pero de repente se apartó, encarnado como la grana, trémulo y lloroso.

—¿Qué es eso? preguntó su paisano, sorprendido. ¿Qué es lo que te sucede? ¿Conoces por ventura á alguno de esos perillanes?

—Si que le conozco, ¡Dios mio! contestó Nicolás. ¿Ve vd. aquel jóven que va en primera fila á la izquierda? Pues es mi vecino Andrés, aquel que me robó la bolsa que mi tutor me habia dado ¡Qué quiere vd! A pesar de todo, cuando le he visto he tenido un gran sentimiento.

—Eso prueba tu buen corazon. Debemos compadecernos de todos los desgraciados, aunque lo sean por culpa suya. En cambio de la compasion que nos inspiran, nos dan en lo que les sucede una buena leccion. Andrés, por egemplo, bien podia haber ganado su vida honradamente y estimado de todos; pero en lugar de resistir á sus malas inclinaciones, se ha abandonado á ellas, el vicio se ha arraigado en él y mira á donde le ha conducido.

Apartóse, al decir esto, del niño para leer un cartel que le habia llamado la atencion, y entre tanto se llegaron á Nicolás dos hombres decentemente vestidos que le preguntaron con la mayor amabilidad.

—Amiguito, ¿tú eres el que se llama Nicolás?

—Si señor, contestó el muchacho muy alegre creyendo que iba á encontrar colocacion.

—¿Y tu paisano, donde está?

—No está muy lejos por cierto, mírenle vds. aquí

—Está bien: de los dos necesitamos.

Pero el protector de Nicolás, en cuanto volvió la cabeza, conoció como mas esperimentado, que aquellos dos sugetos, al parecer caballeros, eran individuos de las rondas secretas de policía; pero como que nada tenia que temer, ni por sí, ni por el muchacho, se acercó sin tardanza.

—Vd. y este chico, dijo uno de aquellos hombres, quedan arrestados en nombre de la ley. No hay que hacer resistencia y vengan vds. con nosotros.

—¿Y adonde hemos de ir?

—A la gefatura política.

Al oir estas palabras, Nicolás se puso á llorar con el mayor desconsuelo, hasta que su paisano le dijo con brio estas palabras.

—¿Porqué lloras, muchacho? ¿Tienes algo porqué arrepentirte? Nos prenden, pero sin duda nos esplicarán el motivo, y cuando la conciencia está tranquila, nada hay que temer.

Cuando estuvieron delante del gefe político, este les dijo con seriedad.

—Un robo considerable se ha hecho en casa del señor conde del Retamar, y vds. creo que podrán darnos noticia de los autores ó cómplices de ese robo.

—¡Un robo! nada tenemos que ver con eso, ni este niño ni yo, que soy bien conocido hace mas de cuarenta años en Madrid por......

—Ahorrémonos de palabras: lo cierto es que uno de los objetos robados, un alfiler con un brillante, anda en manos de vd. ó en las de este muchacho.

—¿Con que ha parecido el dueño del diamante? ¡Gracias sean dadas á Dios! Desde que este pobre Nicolás se le encontró en mitad del camino real, su mas vivo deseo es devolvérsele á su dueño.

—Esto nada prueba, replicó el gefe político con aire severo. Un objeto robado se halla en poder de vds., á quienes pues, se ha de acusar como los autores ó cómplices del robo. Van vds. á tener que justificar su conducta ante los tribunales.

—¡Ante los tribunales! No creo que llegue ese caso

—¿Cómo que nó? replicó vivamente el gefe, admirado de tanta sangre fria; eso es lo que vamos á ver. Empiece vd., por entregarme la alhaja en cuestion.

—Esto es lo que yo no puedo hacer, porque no la tengo.

—Está muy bien, ¡Silencio! Acércate tú... ¿como te llamas?

—Nicolás.

—¡Ah! si.... Nicolás. Pues bien, Nicolás ¿cómo has cogido ese alfiler?

—De esta manera, contestó Nicolás haciendo ademan de bajarse al suelo para coger alguna cosa.

—No es eso lo que yo pregunto. Dime, ¿le has cogido en alguna gaveta?

—¡Una gaveta! yo no se lo que es eso.

—Escucha: ya sabes que no se debe mentir y sobre todo, que no se debe engañar á la justicia.

—Si señor.

—Pues bien, vas á entregarme al instante ese alfiler, ¿no es verdad?

—¿Pero cómo le he de entregar, si no le tengo?

—¿No le tienen ni uno ni otro? dijo el gefe político con voz alterada, repicando la campanilla. Acudieron varios agentes, á cuya vista, Nicolás se acercó á su protector que sin alterarse, dijo:

Si usia no me hubiera dicho que callase....

—Hable vd., hable vd. ¿Qué se ha hecho del diamante?

—Ese diamante está en poder del sub-comisario de nuestro barrio, y él podrá decir quién y para que se le ha entregado.

Inmediatamente partieron dos agentes, uno en busca del sub-comisario de policía y otro en busca del conde del Retamar. Entretanto el gefe político quiso oir de boca del huérfano las circunstancias que habian acompañado ó seguido al encuentro del diamante, y Nicolas habló con tanta naturalidad y tanto candor, refirió con tal exactitud la conversacion de los dos ladrones, que el gefe político quedó convencido de que no le engañaba. Casi al mismo tiempo entraron el sub-comisario y el conde del Retamar: el uno presentó el alfiler que el otro reconoció al instante por suyo, y se tributó á la verdad el mas brillante homenage. Todos admiraron las virtudes del amable niño, que en lugar de los rigores que esperaba, fué colmado de caricias.

—El destino de este brillante, dijo entonces el conde, es bastante singular. Como el anillo de Pisistrato, que despues de arrojado al mar le volvió luego á encontrar en un pez que le sirvieron á la mesa, así el cielo parece ha querido que este alfiler vuelva á poder de su dueño. Hará nueve ó diez años que yendo

en compañía de mi esposa á las montañas de Leon, nos vimos asaltados por un violento huracan que volcó el carruage, causándonos algunas contusiones ademas del susto. Un leñador acudió á socorrernos, detuvo los caballos y cortando los tirantes evitó que arrastraran el coche, ayudó á mis criados á levantarse y despues de todo esto rehusó la recompensa que yo le ofrecia. Al llegar al pueblo donde íbamos á pasar una temporada, mi esposa echó de menos una cajita con este alfiler y creimos, como así era la verdad, que la cajita se nos habia caido al tiempo de volcar. ¡Cual fué nuestro asombro, cuando dos dias despues vimos entrar en nuestra casa al honrado leñador, trayéndonos la cajita que él se habia encontrado! Nada absolutamente quiso aceptar mas que el gasto que le ocasionaba el viage de ida y vuelta, y aun así hubo que pasar por la tasacion que él hizo. En cuanto volví á Madrid, quise asegurarle una módica pension transmisible á sus hijos; pero no me ha sido posible averiguar su paradero, y esta es la hora, señores, en que tengo todavía el sentimiento de no haber podido manifestar mi gratitud al pobre y honrado Mateo el leñador.

—¡Mateo el leñador! esclamó Nicolás, ese era mi padre!

—¡Cómo! ¡tú eres el hijo de ese hombre de bien! Mucho se ha de alegrar, sabiendo que no has degenerado de él.

—¡Ah!... ¡ya ha muerto!

—¿Ha muerto?.... Pues bien, hijo mio, desde ahora yo soy tu padre y procuraré cumplir la deuda que con el tuyo tenia y con lo que á tí te debo.

A las tres en punto te espero en mi casa, y vd., dijo al paisano de Nicolás, acompañará al niño.

Al salir del despacho del gefe político y al cruzar por una galería, se encontró Nicolás de manos á boca con uno de aquellos mercaderes judios que le habian querido comprar el alfiler. Iba el tal mercader á la oficina de pasaportes; pero Nicolás le detuvo un momento y señalándole al conde del Retamar que caminaba delante, le dijo:

—Mire vd. allí el verdadero dueño del brillante que vd. me queria comprar por veinte reales.

El judio bajó la cabeza, y como si quisiese esquivar la conversacion, no replicó una palabra y desapareció prontamente de la vista de Nicolás. Este, acompañado de su paisano, estuvo en casa del conde del Retamar á la hora que él les habia indicado. El conde les estaba esperando, y al protector del niño le ofreció una buena administracion de las tierras que poseia lejos de la córte: en cuanto á Nicolás quiso que se quedase á su lado, para que recibiese instruccion y se pusiese en estado de desempeñar al dia de mañana algun modesto destino. Correspondió tan perfectamente Nicolás á estos desvelos, tenia un carácter tan afable y tan ameno, manifestaba tanto agradecimiento al conde, que éste cada vez mas prendado de él, acabó por asegurarle una suerte independiente, haciéndole donacion de las tierras que administraba su paisano.

Nicolás se manifestó merecedor de su buena suerte, conservando la pureza de sus costumbres y las sencillas virtudes de la aldea, á las que añadió únicamente las ventajas de una sólida instruccion.

Fué siempre generoso, afable y compasivo: sus beneficios se difundian al rededor de él como un celestial rocío, y cada dia su nombre fué mas bendecido por los pobres y los desgraciados. El fué quien cerró los ojos á su paisano y primer protector, endulzando con las constantes pruebas de su afecto los últimos momentos de su existencia. Hoy dia Nicolás es el gefe de una familia que le ama y le respeta.

Así es como la honradez de Nicolás quedó triunfante de la picardía con que, no otros niños iguales á él, sino personas adultas, quisieron abusar de su candor e inesperiencia.

GULA Y TEMPLANZA.

Julianita pálida y llorosa porque se sentia bastante mala, se hallaba reclinada en un sofá, cuando entró á visitarla el médico de la familia, al que la mamá habia mandado avisar con mucha premura.

—¿Qué hay de nuevo? dijo el médico al entrar, ¿hemos tenido alguna catástrofe? ¿Algun esceso segun costumbre? dijo á la madre, observando que la niña que no podia ver al doctor, no queria contestarle.

—Yo creo que si, dijo la mamá; desde la comida de ayer está indispuesta esta niña. Ademas como que no quiere abstenerse de sus apetitos y coge esas rabietas....

—Se pone peor, ¿qué duda tiene? ¿A ver el pulso,

señorita?.... No quiere vd. dármele. No importa, yo le cogeré. ¡Hola! Esto no va muy bien. ¿A ver la lengua? ¿No quiere vd. sacarla? No importa. Sin verla digo que el esceso en la comida es la causa de este mal, que la digestion se ha interrumpido por efecto de la cólera, y que es preciso guardar dieta.

—¡Oh! eso no será tan dificil, porque hace muy poco tiempo que la niña estaba diciendo que no tenia hambre.

—No, mamá, contestó la niña por llevar la contraria al médico, me parece que ya tengo ganas de comer.

—Vd., replicó el médico, tomará lo que yo mande en esta receta.

¡Trabajo inútil! de la receta no se hizo caso, en cuanto el médico volvió la espalda, y ni aun se guardó la dieta prevenida. Julianita, con el pretesto de que se sentia mejor, engañó á su mamá, que indulgente en demasia, le dió sopa, asado, ensalada y cuanto quiso.

El resultado era bien natural: el médico cuando volvió, encontró á Julianita con el frio de la calentura, y en qué se vió de hacer que se acostase, pues la terca niña no queria quitarse de encima de las rodillas de su mamá.

Es de advertir que la tal Julianita era una niña enteramente abandonada á sus caprichos. Una gula que nunca habia sido reprimida, con inclinacion á las golosinas y á los manjares indigestos, habia destruido su estómago. Las rabietas que cogia irritaban sus nervios, hasta el punto de temer que le

diesen convulsiones. La pereza que le hacia estarse en la cama hasta el medio dia, era la causa de su falta de robustez y no favorecia la circulacion de su sangre. En fin, era cosa de nunca acabar, si se hubiese de referir todo lo que esta niña sufria por sus caprichos y por la inconcebible indulgencia de su madre.

Sabe Dios lo que hubiera sido de la mimada niña sin una circunstancia feliz para ella, pues influyó en su curacion y en la enmienda de su vicio. Aprovechando unos instantes en que la dejaron sola, saltó de la cama, y aun antes de que la medicina que habia tomado hiciese su operacion, fué en camisa y todo conforme se hallaba, á ver si en la pieza inmediata se habian dejado alguna cosa que ella pudiese comer ó esconder bajo de la almohada. Al abrir la puerta que entornada se encontraba, oyó hablar á poca distancia y vió á su papá que estaba en muy animada conversacion con el médico. Su primer pensamiento fué correr á agazaparse en la cama; pero habiéndole parecido que pronunciaban su nombre, no pudo resistir á la tentacion de escuchar.

—Me veo precisado á decirlo, esclamaba el médico, su señora de vd. mima demasiado á la niña, y ella será la causa de que se desgracie.

—¿Pues que, mi hija está de peligro?

—Tiene una gastritis, enfermedad que se cura por lo regular, pero yo no las tengo todas conmigo. Voy á prescribir un régimen, y si se varia en un ápice, si se altera la mas mínima cosa, yo no respondo.

—¡Oh! pierda vd. cuidado.

—Es que yo no estoy tranquilo mientras esté la mamá de por medio, nada puede salvar á una niña á quien se mima de esa manera: la pobrecilla sufrirá mucho y tal vez por mucho tiempo, y cuando tenga juicio para conocer las faltas de su infancia, entonces ya será tarde para repararlas: será preciso morir y despedirse de la vida, precisamente cuando ésta mas se embellece, y abandonar á sus padres en la edad en que mejor se puede apreciar su cariño. ¡Oh! esto es muy triste.

Julianita no quiso escuchar mas. Todo cuanto hasta entonces el médico habia hecho con ella, se figuraba la niña que era por capricho de atormentarla; mas al oirle hablar con tal seriedad, y al comprender que su vida estaba en peligro, sintió una estraña conmocion y se volvió llorosa á su cama, donde al instante fueron evidentes las señales de su enmienda. Sanó de su dolencia, y aunque le pareciese duro el resignarse á otro género de vida, lo cierto es que lo consiguió.

A la gula sucedió la templanza, comprendió las ventajas de la moderacion, y su salud se restableció completamente. Su entendimiento se ilustró cada vez mas; adquirió instruccion y sentimientos religiosos que nos hacen refrenar el ímpetu de las pasiones. La aficion al trabajo ahuyentó el fastidio y la pereza, la religion destruyó el egoismo, y Julianita que hoy es jóven, es bien seguro que cuando sea madre, evitará á sus hijos las calamidades que dimanan del vicio á que ella por algun tiempo no supo resistir.

Corrigiendo á tiempo á los niños, es como se les prepara buena salud, buen carácter, y se les proporciona la felicidad que es posible gozar en este mundo.

ESTRAVIO Y REPARACION.

Negocios particulares obligaron al preceptor de Eduardo y Florentina á dejarlos solos por algunos dias; mas como queria que estuviesen ocupados durante su ausencia, designó á cada uno la tarea que habia de tener hecha á su vuelta, para que no pasasen el tiempo en la ociosidad. Los dos niños hicieron muchas promesas á su maestro, asegurándole no quedaria descontento de ellos.

Así que estuvieron solos, Eduardo propuso á Florentina que fuesen á dar un paseo, diciendo: «Hoy es imposible estudiar: gocemos de nuestra libertad; mañana nos levantaremos muy temprano y repararemos el tiempo perdido.» En consecuencia salieron y no volvieron hasta la hora de comer: lo restante del dia, se estuvieron divirtiendo en el estanque de su padre, paseándose en la barquilla. Se acostaron con la resolucion de levantarse de madrugada, y para esto encargaron á un criado que los despertase; mas despues que este les avisó á las cinco de la mañana, se volvieron á dormir, y ya eran las nueve antes que hubiesen salido de la cama. Mientras que estaban desayunándose en una sala baja, llegó á la ven-

tana un pobre ciego tocando el violin y pidiendo una limosna. «Hermana, dijo Eduardo, de buena gana bailaria yó, si tú quisieses acompañarme,» Florentina consintió, y se pusieron á bailar. Despues de este egercicio, que duró algun tiempo, se fueron á descansar al jardin bajo un verde cenador, y allí se estuvieron distraidos con unos pajaritos que Eduardo habia pillado en su nido, y que se prometia criar; mas abandonando el proyecto por la inconstancia de su edad, cuando llegó la noche, los pobres pajaritos ya estaban muertos de hambre. Despues de comer fueron á visitar á los amiguitos de la vecindad y así pasaron el segundo dia. «¡Oh! dijo Eduardo al tiempo de irse á acostar; estoy determinado á estudiar mañana, y así voy á poner mi libro bajo de la almohada, para cogerle luego que me despierte.» Florentina hizo lo mismo, porque decia, que el señor maestro se enfadaria mucho al ver que le habian desobedecido. «Lo peor es que tenga tanto que hacer mañana, pues si no compongo mi vestido tendré que ir con el todo rasgado.—Pues yó, dijo Eduardo, tengo que ir á comprar una pelota para jugar con mi amigo Pepe.—Pues bien, si no podemos estudiar mañana, lo haremos al otro dia, y una vez que nos pongamos á ello, pronto estará concluido.»

Al otro dia y aun al siguiente, encontraron nuevos pretestos para no estudiar, porque la mala voluntad siempre halla escusas á su favor, y lo va dilatando hasta que ya no es tiempo de obrar.

Ya hacia una semana que su preceptor estaba

ausente, cuando una tarde que estaban jugando delante de la puerta de su casa, le vieron venir á lo lejos. Al momento se acordaron de su tarea, y en lugar de salirle al encuentro, corrieron á buscar sus libros: en vano recorrieron todas las piezas de la casa y cenador del jardin, preguntando á los criados si los habian visto. Despues de haber andado toda la casa, fueron á ocultarse en un rincon de la cocina para que su maestro no los encontrase, y allí se acordaron de que no habian registrado el gabinete de su padre. Van allá, poseidos de inquietud y todo lo revuelven, libros, estampas, carteras, mapas, hasta no dejar cosa con cosa. Despues de este trastorno universal, dijo Eduardo: «Hermana, me ocurre una idea. Cojamos nuestros sombreros y salgamos sin que nadie nos vea, como si fuésemos á dar un paseo. Vendremos muy tarde, cuando el maestro no pueda tomarnos la leccion, y mañana la estudiaremos antes que él se levante.—¿Cómo, si no tenemos los libros? esclamó Florentina.—No tengas miedo, que ya los encontraremos, respondió su hermano.»

Salieron con apresuracion sin que nadie los viese, y se alejaron bastante de la casa hasta que entrada ya la noche, determinaron volverse á ella. El miedo les hizo equivocar el camino, y cuando notaron su error, ya habian pasado buen trecho de su habitacion, porque era hácia el fin del Otoño y la noche estaba muy obscura. «¡Ah! ¡Dios mio! ¿dónde estamos? esclamó Florentina, llorando. ¿Qué hemos de hacer? ¿Qué va á ser

de nosotros?—Yo no lo sé, contestó Eduardo; mas volvamos atras.» Se agarraron de la mano y caminaron un poco; mas pronto tropezaron y cayeron sobre unos cardos: se levantaron sollozando llenos de arañazos, y empezando á conocer el mal éxito de sus aventuras.

—¡Oh! dijo Eduardo, si hubiéramos aprendido nuestras lecciones, á la hora de esta, nos hallariamos muy contentos al lado de papá y de mamá.» El aire frio de la noche los incomodaba mucho, así como el hambre que empezaban á sentir. En esto vieron brillar una luz á corta distancia, y cobrando ánimo se dirigieron hácia ella, creyendo hallar alguna casa; mas se engañaron completamente. Despues de tropezar mucho en la maleza, vieron que la luz engañadora era un fuego fatuo de la laguna próxima. Fatigados, medio muertos de hambre y temblando de frio, tuvieron que sentarse bajo un árbol, y allí entre lágrimas y suspiros les cogió el sueño, quedándose dormidos abrazaditos uno á otro.

Durante este tiempo, sus padres, admirados al ver que sus hijos no volvian, enviaron criados á buscarlos por todas partes. El maestro salió tambien con la misma intencion; mas todos volvieron sin haber descubierto nada. Toda la noche estuvieron de pie derecho, esperando ver entrar á los niños en cuanto se oia algun ruido. El padre, no pudiendo disimular su inquietud, salió tambien á hacer sus pesquisas; mas fueron tan infructuosas como las de los demas.

Eduardo y Florentina despertaron al romper

el dia, y reconociendo el campo en que se hallaban, ¡cuál fué su admiracion al ver estaban á tres cuartos de legua de su casa! Acordándose de los sucesos de la víspera, al instante se pusieron en camino, y á las siete de la mañana llegaron á la casa de su padre. Al momento que los divisaron, todos les salieron al encuentro, abrazándolos con estrema alegría; mas apenas entraron en casa, su papá les preguntó, porque habian estado fuera toda la noche. Se quedaron indecisos y mas encarnados que la grana; mas bien pronto, arrojándose á los pies de su padre, le confesaron todas sus faltas. Este les mandó que se levantasen y no les habló palabra, mientras que duró el desayuno; mas acabado este, cogió á cada uno de su mano y los llevo á su gabinete, donde vieron todo el desórden que habian ocasionado, sin que les hiciese por esto ninguna reconvencion, lo que causó mas sentimiento á los niños que si los hubiera regañado mucho. Son mas sensibles las reconvenciones que uno se hace á sí propio, que las que recibe de los demas, y les parece á los niños, que con la reprehension se expia la falta que han cometido.

Vueltos á la sala, su padre les habló así: «Aunque yo esté muy disgustado por la pereza que os ha ocasionado tantos tormentos, sin embargo, no os castigaré porque veo estais arrepentidos; mas no puedo dejar pasar esta ocasion, sin daros un consejo que os haga evitar en lo sucesivo las faltas en que habeis caido. Decis que vuestra intencion no era de omitir la tarea, sino de dejarla

para el otro dia, y esto es decir que no estábais del todo resueltos á no cumplir con vuestros deberes. Conociendo que desobedeciais á vuestro maestro, no habeis querido cumplirlos, procurando hallar placer en dejar para mañana lo que debíais hacer hoy: mas confesad ingénuamente, que si habeis tenido algun placer, ha sido mezclado con tal inquietud, que casi os privaba de él enteramente.—Verdad es, papá,» respondieron los niños. El padre continuó: «Dejando vuestra obligacion, de un dia para otro, habeis encontrado un aumento de dificultades y cada vez mas irresolucion y mas pereza. Para evitar el ser descubiertos, habeis recurrido á un medio muy malo, y los inconvenientes que os han resultado son harto recientes para que yo los renueve, y espero no me pondreis en el caso de recordároslos.—Nosotros os lo prometemos, papá, dijeron los niños. —Cuento con esta promesa, mas sin embargo, os voy á pintar las consecuencias de vuestra pereza, consecuencias que vosotros no conoceis. Perdiendo el tiempo, empleándole de ese modo, habeis ofendido á Dios con vuestra conducta y habeis causado angustias mortales á vuestra madre y á mí. Ignorando lo que os habia sucedido, mas siempre creyendo lo peor, como sucede á los buenos padres, hemos pasado toda la noche entre los horrores de una consternacion é inquietud mortal. Vosotros quereis reparar vuestras faltas ¿no esí as?—Si señor, papá, respondieron los niños. —Pues bien, la única expiacion que el cielo puede aceptar, y que me será tan grata como á vuestra

madre, es que no os volvais á portar de este modo. Estad seguros de que sino tomais una sincera y firme resolucion, ejecutándola desde la presente, de perder la indolencia habitual á que os habeis acostumbrado, nadie puede calcular la funesta posicion en que os vereis colocados, porque la pereza y la irresolucion son el orígen de la mayor parte de las desgracias de la vida. La primera espone á los que se entregan á ella, á una pobreza espantosa, si no tienen caudales, y á perderlos, si los tienen por su nacimiento; la segunda indica una alma débil, y la debilidad conduce á cometer faltas de las que provienen pesares y amargos remordimientos. Para probarme que desde ahora quereis ser mejores, id á pedir perdon á vuestra mamá, de los tormentos que le habeis causado, y á vuestro preceptor de vuestra negligencia. No olvideis nunca que es un representante nuestro y que le debeis el mismo respeto y obediencia.»

Eduardo y Florentina hicieron lo que su padre acababa de mandarles, y vista su fidelidad en cumplir sus promesas, no tuvo mas queja de ellos en lo sucesivo.

MALIGNIDAD É INOCENCIA.

Paulina estaba sentada en compañía de su mamá en un banco de piedra, situado á la estremidad de un paseo público, cuando esclamó como asustada:

—Mamá, mire vd. esa jovencita que se viene hácia mí.

Se acercaba efectivamente la tal jovencita con aire amenazador contra Paulina que se habia refugiado en brazos de su madre, pero la contuvo la muger que venia acompañándola.

La jóven se detuvo: á las demostraciones hóstiles sucedió una carcajada de risa: despues se puso á bailar, concluyendo por hincarse de rodillas como si hiciese oracion. Cogió una mano de la madre de Paulina y estrechándola contra su corazon, esclamó:

—¡Oh! yo estoy muy mala. ¿No es verdad, señora? Compadézcame vd. y no me olvide en sus oraciones.

Se levanta de improviso, pálida y trémula, y precipitándose sobre la madre de Paulina, oculta el rostro en su seno, como si quisiera sustraerse á alguna horrible vision, esclamando:

—¡Déjame, déjame! ¿Qué he hecho yo para encontrarte en todas partes?

La mamá de Paulina se apresuró á tranquilizarla lo mejor que pudo, hasta que la pobre jóven pasó de tan dolorosa irritacion á una insensibilidad completa.

Esta singular aparicion escitó en el mas alto grado la curiosidad de la madre y de la hija, las que mientras que la infeliz descansaba, hicieron mil preguntas á la muger que venia con ella, y esta se esplicó así:

—Diez años hace que esta infeliz tenia siete y medio, y era entonces la niña mas guapa que se

podia ver. A su carácter amable reunia laboriosidad, inteligencia y viveza, por lo que aprendia al instante cuanto queria siendo la admiracion de todas las niñas.

Por desgracia, Lucia, que así se llama la desgraciada, tenia un hermano de muy malas ideas, y un dia que su hermana habia salido con su madre, dijo para sí:

—Mi hermana Lucia es una cobarde que de todo tiene miedo. Cuando un gato maulla, cuando el aire mueve una puerta, cuando un grillo canta, cuando una mosca vuela, cuando una mariposa se quema en la luz, se pone á temblar como un azogado. Esto es un defecto, un defecto muy feo, y es menester que yo la cure de su miedo.» Se dió una palmada en la frente y discurrió. «¡Ya dí con él! encontré el remedio infalible para que mi hermana no tenga mas miedo.» Corre á la habitacion de su madre, y pilla una de las muñecas de carton, que sirven para tener los sombreros. La hizo con tinta sus correspondientes barbas, bigotes y cejas, y la puso una peluca vieja. Encontró en el guardaropa de su padre, vestidos viejos, que hacia tiempo no servian: vestidos antigüos que Lucia nunca habia visto. Disfrazó la muñeca, la pasó al traves una varilla de hierro para figurar los brazos, y tiesa en un palo, la puso junto al lecho de su hermana.

Habia salido tan bien con su idea, que aun él mismo tuvo miedo por un instante de su obra, porque la muñeca se habia convertido en una horrible fantasma, con sus grandes brazos esten-

didos bajo una capa amarilla, con su cara horrorosa é inclinada sobre la camita, que parecia que se preparaba á devorar á la criatura, cuando viniese á descansar. «¡Ah! mi hermana si que vá á quedar curada de esta hecha,» dijo Gustavo regocijado.

En este momento Lucia y su madre entraban juntas. «Aquí están, dijo él ¡qué agena está Lucia de lo que la espera!» Les sale al encuentro y salta á su cuello, abrazándolas con gran demostracion de amistad.

—Di, hermana mia, esclamó, agarrándola de la mano, ¿quieres jugar al *escondite*?

Aunque esta proposicion no agradase tal vez á Lucia, la aceptó por no contradecir á su hermano.

—Está bien, dijo él, estás muy complaciente hoy; yo te quiero mucho. Vamos, Lucia, ¿quién se queda?

—Quédate tú y yo me esconderé, ¿no es así? Lucia convino en todo.

Se subió derecho al cuarto de su hermana, se metió debajo de la cama, en disposicion de verla cuando entrase, y poder juzgar del efecto que la fantasma produciria en ella. Despues que tuvo tomadas sus medidas, dió la voz de *¡Vengan!*

Lucia partió, reia y cantaba: esta es la única ocupacion de vuestra edad, niñas mias. Escuchó de nuevo para adivinar de donde habia salido el primer grito: pero su hermano bien pronto dió otro, y entonces, segura de encontrarle donde estaba, se dió prisa á ir á su cuarto.

La puerta estaba cerrada, Lucia la abrió fácilmente, á cuyo punto Gustavo, con la voz mas bronca que pudo, gritó: «¡Qué te agarro!» y los ojos de Lucia se encontraron con la horrible fantasma.

Entonces fué tan grande su terror, que efectivamente se creyó amenazada por tan horrible peligro, y perdiendo todas sus fuerzas, cayó de espaldas desmayada.

En vano Gustavo procuró hacerla volver en sí; durante una hora estuvo como muerta. Cuando volvió en sí, fué en el estado en que la veis hoy dia... ¡loca! si, loca, niñas mias! ¿Sabeis que es estar loca?..., pues es no tener ni corazon, ni alma, ni padres, ni amigos, ni fortuna, ni felicidad; nada, nada en una palabra,

Su madre murió bien pronto de pesadumbre y al morir, maldijo á su hijo Gustavo.

Cuando la muger acabó de hablar, advirtió que la pobre loca acababa de escapársela furtivamente, por correr tras de un gorrion que la habia despertado de su letargo, revoloteando por encima de su cabeza. «¡Oh! señora, alguna desdicha nos vá á suceder,» dijo la muger, corriendo tras de Lucia.

Mas en vano apresuró sus pasos: la loca llegó antes que ella al estanque y se arrojó cabeza á bajo. Cuando la sacaron, ya habia muerto!.... Un jóven que estaba allí cerca, dió un grito golpeándose el pecho; era el hermano de Lucia, á la que habia reconocido. «¡Desdichado! dijo él, yo soy el que la he muerto,» y desapareció, como agoviado por el peso de la maldicion maternal.

EGOISMO Y MORTIFICACION.

Ignacio y Clemente eran dos niños, hermanitos é igualmente amados de sus padres; pero mimados y agasajados estraordinariamente por su abuelo. Así es que los niños á todas partes iban acompañados por él, seguros de satisfacer á su lado todos sus antojos, y mas tiempo pasaban en casa de su abuelo, que en la suya propia. Hubo sin embargo un dia en que los niños quedaron dueños absolutos de sus acciones, y este dia fué uno de los de ferias. Mucho antes que estas llegasen, ya habian estado los niños importunando á su abuelo é indicándole tanta multitud de cosas que querian les comprase, que el pobre abuelo, por libertarse de ellos, y al mismo tiempo por hacer una prueba que deseaba, entregó á cada uno cierta cantidad de dinero, dejando enteramente á su eleccion que lo emplease como quisiese. El abuelito queria ver el uso que hacian de él, y sacar de allí partido para alguna correccion saludable, pues hacia tiempo que Ignacio habia dado entrada á cierto egoismo, que le hacia ocuparse solo de sí mismo, é inquietarse poco de que los demas se incomodasen, con tal que él satisfaciese sus deseos.

Salieron pues una tarde los dos niños con un criado, que tenia órden de acompañarlos por donde ellos quisiesen ir y no oponerse á sus determinaciones. Entraron en la espaciosa calle de Alcalá,

por la que iban regocijados con tanta variedad de cosas como se les presentaba y mudando á cada instante de parecer, de modo que habian recorrido ya un gran trecho sin hacer ninguna adquisicion, hasta que Ignacio, el primero, torció hácia una confitería y entrando en ella, compró ciertas golosinas, sin que pensase en repartir con su hermano, por la razon, para él muy convincente, de que teniendo él tambien dinero, seria mal empleada su generosidad. Llegaron por fin á un surtido puesto de quincalla, en el que Clemente realizó el proyecto que tenia premeditado, eligiendo un dedalito de plata y un lindo par de tijeras. «¿Qué es lo que vas á hacer con eso?» le preguntó Ignacio, á lo que el respondió: «Quiero regalárselo á nuestra hermanita Rosalia que se ha quedado en casa, para que vea que me he acordado de ella.—Pues yo, replicó Ignacio, si me sobra dinero, la llevaré alguna cosa.» Entre los objetos que habia de venta se hallaba un bonito cortaplumas con embutidos de plata, que llamó la atencion de Clemente, y aunque algo subido de precio, se determinó á comprarle, viendo que aun le sobraba con el dinero que tenia. Ignacio, por su parte, se dirigió á otro puesto donde habia una multitud de elegantes figuras, y empleó de una vez todo su caudal en la adquisicion de una brillante pareja de airosos contrabandistas. En vano su hermano le indicó que podria, segun su parecer, emplear el dinero de un modo mas conveniente, «¡Qué poco entiendes tú de esto! le contestó: cuando lleguemos á casa y ponga yo en-

cima de la cómoda una figura á cada lado del tocador, todos cuantos entren y las vean, se han de quedar admirados, y me han de alabar por el buen gusto que he tenido,» Verificada la compra, se acercaron á ver qué habia en un corrillo formado por varios curiosos, y se hallaron que era un pobre militar estropeado, que pedia limosna contando sus desdichas á los que le rodeaban. Clemente, sin escuchar mas voz que la de su piadoso corazon, entregó al pobre todo el dinero que le habia quedado, á pesar de que Ignacio le decia. «No se lo des todo; no tengo yo fé con estos soldados parlanchines que suelen ser algunos vagabundos, que todo lo que cogen lo gastan en borracheras.—Este, replicó Clemente, no se puede confundir con los que tú dices: es un pobre militar mutilado que no puede trabajar para comer, y de haberle socorrido me resulta la mas dulce satisfaccion.» En efecto, Clemente la tuvo al oirse colmar de bendiciones por el pobre mendigo, y al ver que apiadados algunos de los circunstantes, le dieron tambien limosna, movidos de su egemplo.

Continuaron paseándose por la feria, hasta que viendo se acercaba la noche y ya no podian andar cómodamente, por el gentio que iba acudiendo, trataron de volverse á casa. Mas quiso la mala suerte, que al atravesar la calle, Ignacio, aturdido entre la muchedumbre y mas que todo por apartarse con ligereza de un coche que venia á su espalda, tropezó y fué á caer á dos ó tres pasos con las figuras, que siendo de barro, se hicieron quinientos pedazos. En vano el criado le habia

pedido se las confiase para llevarlas, Ignacio no habia querido soltar de sus manos aquella presea con que se envanecia, hasta entonces, que levantándose humillado y lloroso, empezó á conocer lo mal que habia empleado su dinero. Cuando se acabó de confundir, fué al entrar en casa, viendo á Clemente, ufano con su cortaplumas, y la alegría de su hermana por el regalo que la habian hecho, y viéndose él con las manos vacias, sin tener cosa para sí, ni para ofrecer á los demas, El abuelito entonces, viendo que el que reconoce sus faltas, está próximo á enmendarse de ellas, le hizo una severa reconvencion, poniéndole á la vista el egemplo de Clemente, que era feliz porque habia querido que los demas lo fuesen antes que él. Ignacio con el egemplo de su hermano y la reprension de su abuelo, desechó completamente el egoismo y determinó, si habia de ser recompensado, causar antes algun placer á los demas.

ADVERTENCIA.

Por un olvido involuntario se han omitido en la portada de este tomo las palabras «*Cuentos originales y traducidos*» conforme estaban puestas en la portada del manuscrito.

FIN.

INDICE.